

EL SANTUARIO ROMANO DE CAN MODOLELL (CABRERA DE MAR, BARCELONA). NUEVAS APORTACIONES PARA SU INTERPRETACIÓN

Religión, territorio, romanización.

Carlos Pla Perea* **Víctor Revilla Calvo***

Una intervenció arqueològica recent al jaciment romà de Can Modolell (Cabrera de Mar, Barcelona), ha permès realitzar un nou anàlisis de la documentació ja coneguda i plantejar algunes hipòtesis sobre la seva organització arquitectònica, la seva evolució i el context socio-cultural en el que es va construir. El lloc fou ocupat entre els segles I a V-VI dC, i, sembla que fou utilitzat com a centre de culte rural, pel cap baix, entre els segles I a III dC per les evidències epigràfiques relacionades amb Mitra i altres deus.

Religió, territori, romanització.

Recent excavations at the Roman site of Can Modolell (Cabrera de Mar, Barcelona), have enabled further analysis of already existing documentation and the development of new hypotheses regarding architectural organisation, the site's development and the socio-cultural context in which it was built. The site was occupied between 100 and 500-600 AD and the discovery of inscriptions related to Mitra and other gods would appear to indicate that it was a site of religious worship at least between 100 and 300 AD.

Religion, territory, romanization.

Une intervention archéologique faite récemment dans le site archéologique romain de Can Modolell (Cabrera de Mar), permet réaliser une nouvelle analyse des documents déjà connus. Ainsi nous pouvons proposer quelques hypothèses sur son organisation architectonique, son évolution et le contexte socioculturel sur lequel il a été construit. L'endroit a été occupé entre les siècles I et V-VI A.P.J.C. et semble avoir servi comme centre de culte rural, au minimum entre les siècles II et III A.P.J.C. selon les évidences épigraphiques relationés avec Mitra et autres dieux. Son fonctionnement et développement se situent dans le procès de la romanisation et urbanisation du littoral Catalan depuis les siècles II-I A.V.J.C.

Religion, territoire, romanisation.

211

CULTOS RURALES Y ESCENARIOS ARQUITECTÓNICOS

Entre los numerosos establecimientos rurales de época romana que se conocen en Cataluña, sin duda alguna el de Can Modolell es uno de los más peculiares por sus características y significado sociocultural. Sus construcciones, su elaborada organización interna y el uso que se hace de la topografía para ordenar y destacar las diversas estructuras y sectores edificados muestran el desarrollo pleno, en el ámbito de una provincia occidental, de algunos de los principios que inspiraron la práctica arquitectónica romana: planificación, monumentalidad, riqueza decorativa y atención a la escenografía. Estos principios se aplicaron de forma gene-

ralizada, tanto en el medio rural como en las ciudades en relación con la amplia gama de necesidades de orden político, social e ideológico generadas por algunos de los protagonistas de la vida social y política de finales de la república y del principado: las élites ciudadanas de las provincias, actuando privadamente o en el ejercicio de las magistraturas, los órdenes senatorial y ecuestre, el poder imperial y las colectividades de todo tipo. La complejidad del lugar, paralela a la riqueza del programa decorativo y de los materiales empleados en su construcción, se explica por su actividad como centro de culto, función que afecta como mínimo a la etapa más importante (desde el siglo I d.C. a un momento avanzado del siglo III) de una ocupación que se prolonga hasta época moderna y con-

*CEIPAC. Departamento de Prehistoria, Història Antiga i Arqueologia. Universitat de Barcelona. Proyecto BHA 2000-0731.

temporánea¹. Los numerosos hallazgos epigráficos y escultóricos, realizados hasta el momento, han permitido identificar algunas de las divinidades presentes en este período. Entre estas, se ha identificado con total seguridad a Mitra.

La presencia de esta divinidad es un hecho muy significativo, ya que se trata de un culto de origen oriental de características particulares, con una fuerte implantación en ciertos medios sociales de Roma y que también se proyectó en las provincias occidentales y septentrionales del imperio. La difusión de este y de otros cultos, entendidos en un contexto más amplio, es un buen indicador de la intensidad, los instrumentos y las direcciones del proceso cultural y socioeconómico que denominamos romanización en una provincia determinada. De forma más concreta, la existencia de un centro de culto es un factor muy importante para entender como se estructuraron en términos socioeconómicos e ideológicos las relaciones campo-ciudad y como se configuraba un territorio. El hecho de que prácticamente todos los testimonios sobre religión rural en Cataluña y otras áreas del litoral de la *Hispania Citerior* se limiten a hallazgos epigráficos o artísticos aislados, sin relación con complejos arquitectónicos definidos, confiere una importancia especial a Can Modolell². Sus edificios y la cultura material asociada a los diversos espacios del conjunto permiten reconstruir parcialmente el escenario en el que actuaron individuos y colectividades, por iniciativa pública o privada. Detrás de estas

iniciativas es posible rastrear un ordenamiento y unos valores religiosos, sociales y políticos que son los que, en última instancia, explican la implantación de un culto y su evolución posterior³.

La identificación de otras divinidades plantea posibilidades de análisis e interrogantes aun más complejos: la entidad del culto o cultos que se desarrollaron durante los siglos I y II d.C. Y sus relaciones con la vida religiosa de la cercana ciudad de *Iluro*, la eventual coexistencia entre ellas y, finalmente, las características del proceso de sustitución si, como parece, el culto de Mitra llegó a ocupar totalmente el lugar. Cada una de estas situaciones refleja actuaciones individuales o colectivas de tipo muy diverso y debieron tener una traducción material concreta en la organización arquitectónica y en la vida del complejo⁴.

El último aspecto a destacar del yacimiento es una secuencia de ocupación muy amplia, que se extiende desde un precedente ibérico mal conocido y, sin duda, en relación con el cercano poblado de Burriac, hasta el siglo XX. En esta sucesión destaca, en particular, una fase medieval muy importante en la cual Can Modolell mantiene su carácter de centro de culto a través de la cristianización (las primeras evidencias se sitúan en pleno siglo XI). Esta función ideológica es fundamental para comprender las formas en que se han estructurado el poblamiento rural y las relaciones sociales en la actual comarca del Maresme, en cada período histórico, hasta los cambios definitivos impuestos por la

1.- Un problema especialmente difícil de resolver, ya percibido por los primeros excavadores, es el del carácter inicial del lugar: "En primer lloc, considerem la hipòtesi que el jaciment comencés com un centre d'exploració agrícola, tipus villa, en el qual, en un moment determinat, apareix un focus de culte religiós, el qual aniria assolint progressivament una major importància, cosa que explicaria les remodelacions successives de l'edifici: en època clàudia i en època severa. Aquesta importància creixent del culte podria, fins i tot, haver desplaçat la primera de les activitats del jaciment (...). L'altra hipòtesi apunta a considerar en tot moment la categoria de villa rústica per al conjunt del jaciment, amb la clàssica explotació agrària de l'entorn; dins d'aquesta hipòtesi, doncs, l'existència inequívoca de culte religiós quedaria en un segon terme, sempre després de l'activitat agrícola que marcaria la finalitat de l'assentament, en el qual el santuari seria una part complementària, encara que no poc important" (Bonamusa *et alii* 1998, 128); aunque se pueden plantear algunas objeciones, esta propuesta tiene el mérito de establecer las cuestiones fundamentales: las relaciones entre arquitectura y función y los cambios que una y otra han sufrido en el contexto de la evolución general del asentamiento; también es de destacar que se valoren las limitaciones de la documentación: "Fins ara no podem refusar cap de les dues versions i les hem de valorar en totes les seves possibilitats (...). Han aparegut estructures d'una envergadura considerable, difícils d'atribuir a tal o tal finalitat, a falta de dades més precises (...): ni són estructures clarament d'una villa rústica típica de la zona, ni tampoc s'endevinen dins del conjunt estructures atribuïbles clarament a un santuari.

2.- Al hablar de religión rural, este trabajo se centrará preferentemente en las manifestaciones colectivas y públicas, dejando de lado las diversas facetas de la religión doméstica que se reflejan en las múltiples categorías de ofrendas o en los lararios localizados en *villae* de Cataluña; sin duda alguna existen relaciones entre ambas esferas, pero esta cuestión no puede tratarse aquí en detalle; una síntesis sobre las ofrendas en contextos domésticos: Casas/Ruiz de Arbulo 1997; para los problemas de análisis que plantea, en general, la práctica religiosa en el mundo rural romano: North 1995.

3.- La mayoría de evidencias relacionadas con cultos rurales en la Península Ibérica y, de forma más específica, aquellas atribuidas a cultos orientales, raramente pueden situarse en un contexto arqueológico preciso, esta limitación se puede apreciar en los diversos estados de la cuestión: García y Bellido 1967; Alvar 1981; 1993; 1999; Bendala 1981; 1986; De Francisco Casado 1989; para una reflexión metodológica relacionada con el estudio de la religión en *Hispania*, Díez de Velasco 1999, la documentación epigráfica sobre religión rural en la Cataluña romana se recoge en los diversas volúmenes de las *Inscriptions romaines de Catalogne* (G. Fabre, M. Mayer, I. Rodà, eds.).

4.- Algunas de las evidencias relacionadas con los otros cultos son muy ambiguas: *IRC* I, núm. 8 y Mayer 1986-1989.

industrialización. De hecho, existen numerosos ejemplos, en toda la comarca, de relación entre santuarios cristianos y poblamiento (unas "continuidades" evidentes) que muestran la existencia de unos patrones definidos de organización. Dada su posición histórica y geográfica central, las conclusiones del análisis de este territorio podrían aplicarse a gran parte de Cataluña, especialmente a la Catalunya Vella.

Dicho esto, hay que reconocer que actualmente no es posible realizar un estudio global del lugar y extraer todas las conclusiones históricas y culturales posibles, ya que sólo se ha excavado en parte y la documentación recogida presenta muchas deficiencias. En concreto, no se conoce la extensión total del conjunto y su organización interna ni puede establecerse una secuencia estratigráfica y arquitectónica completa o, como mínimo, que pueda considerarse representativa. Estas limitaciones impiden relacionar la evolución de la ocupación con los cambios de función (religión, hábitat) y de culto.

Otro problema importante es que, a pesar de su excepcionalidad, Can Modolell no ha sido publicado de forma adecuada. La mayoría de noticias sobre el lugar se limitan a describir aspectos muy definidos de su cultural material; en primer lugar, la epigrafía, por sus posibilidades de valoración cultural y para la identificación de algunas actividades y sus protagonistas (Rodríguez Almeida 1979; Fabre/Mayer/Roda 1983; Bonamusa 1985; 1986-1989; Mayer 1986-1989; IRC I); en un segundo orden de importancia, todos aquellos objetos de carácter más o menos noble que permiten destacar fácilmente la excepcionalidad del lugar: estatuaria y mobiliario en piedra (Koppel/Roda 1996), piezas relacionadas con el culto (Bonamusa *et alii* 1985; Bonamusa *et alii* 1998, 131 sigs. y figs. 2-8), mármoles de revestimiento y decoración arquitectónica (Álvarez/Mayer 1998)⁵; finalmente, algunas producciones cerámicas muy específicas que actualmente son objeto de una atención especial en los estudios sobre economía y vida cotidiana, como las vajillas y las ánforas tardías (Clariana/Járrega 1990; Járrega/Clariana 1994; 1996). Por el contrario, la información sobre la arquitectura y la secuencia evolutiva se limita a descripciones breves de sectores y fases que parecen suficientemente

conocidas. Las principales conclusiones establecidas en las publicaciones iniciales se han repetido posteriormente sin excesivos cambios (Bonamusa/ Gari s/f; Bonamusa/Gari/Clariana 1998; Bonamusa *et alii* 1998, 135; Bonamusa 1994; 1998)⁶. Esta situación va unida a las condiciones del hallazgo y a los avatares posteriores del yacimiento: el descubrimiento fortuito (en 1974) y el expolio por parte de excavadores clandestinos provocaron una actuación rápida que fue seguida de campañas de excavación realizadas con pocos medios, de forma voluntarista y discontinua durante un periodo de tiempo muy amplio; pero desde el año 1985, y hasta 1994, no se había realizado ninguna otra actuación⁷.

Una intervención arqueológica realizada los meses de noviembre y diciembre de 1999 ha permitido realizar un nuevo análisis de los restos conservados (elaborando una topografía general y documentando todos los elementos arquitectónicos conservados) y plantear algunas hipótesis sobre su organización especial y funciones y sobre como evolucionó la ocupación. La intervención respondía a objetivos muy específicos, la adecuación del conjunto para su musealización posterior, que no se relacionaban con los planteamientos estrictos de un proyecto científico. Esta situación impuso los límites y el ritmo de trabajo. Además, el programa relacionado con esta actuación museográfica consideraba, implícitamente, que el lugar había agotado sus potencialidades. La intervención ha permitido identificar nuevas construcciones y valorar otras, ya conocidas, en una perspectiva global. Con ello se ha ampliado notablemente la superficie ocupada por el yacimiento y se enriquecen las posibilidades de estudio y su futuro tratamiento museográfico y didáctico.

213

EL MARCO GEOGRÁFICO

El asentamiento romano de Can Modolell está situado al norte de Cabrera de Mar, a unos 200 m. del núcleo histórico de la población actual, ocupando el extremo de una plataforma estrecha y alargada que forma la última estribación de la vertiente sur de la montaña de Burriac; unos 50 m. al norte se sitúan las masías medievales de Can Modolell y Can Bertomeu (Fig. 1)⁸. El

5.- Es significativo que las piezas o inscripciones más importantes descubiertas aparezcan repetidamente en las publicaciones; es el caso de una ara decorada con relieves (Bonamusa *et alii* 1985; Bonamusa *et alii* 1998, fig. 3), una pátera en ónice (Bonamusa *et alii* 1985; Bonamusa *et alii* 1998, fig. 6) o diversos fragmentos de mobiliario en mármol de función indeterminada (Koppel/Roda 1996).

6.- Algunos planteamientos, relacionados con la cronología y naturaleza de ciertas fases, todavía no se han cuestionado: Clariana/Járrega 1990, 332 y 343; Járrega/Clariana 1996, 149; Pascual 1994.

7.- Las campañas de excavación se interrumpieron en 1984; una intervención realizada en 1985, integrada en el programa de actuaciones del Pla contra l'Atur, afectó a una zona alejada de las estructuras conocidas (Burjachs s/f). sin embargo, las construcciones localizadas muestran que el complejo de Can Modolell tiene una extensión superior a lo que se pensaba (vid. *infra*).

8.- Coordenadas U.T.M.: 31TDF494978, altura sobre el nivel del mar: entre 130 y 135 m. El emplazamiento del yacimiento se puede consultar en la hoja Cabrils 393-6-7 (294-119), Esc. 1:5.000, del *Mapa Topogràfic de Catalunya* (Institut Cartogràfic de Catalunya, 2a edició, 1998); el valle de Cabrera se incluye en la hoja 37-15 393) Mataró, Escala 1:50.000, del *Mapa Topogràfic de Catalunya*.

emplazamiento aprovecha unas condiciones topográficas ideales: una inclinación relativamente suave del relieve entre las cotas de 160 y 120 m. sobre el nivel del mar, una posición elevada y aislada en la cabecera del valle de Cabrera y la presencia de dos cursos de agua torrenciales que definen los límites del sector edificado con dos fuertes desniveles de hasta 20 m. de altura: el Torrent del Castell, unos 80 m. al oeste, y el Torrent d'en Feliu, 100 m. al este; ambos siguen una orientación norte-sur. Estas características aseguran al lugar un dominio visual perfecto del valle y una buena comunicación con la llanura litoral, un sector del territorio de la ciudad de *Iluro* vertebrado por la Via Augusta y que estaba densamente ocupado por *villae* (Prevosti 1981); *Iluro*, actual Mataró, está a tan sólo a 5 kms. al este).

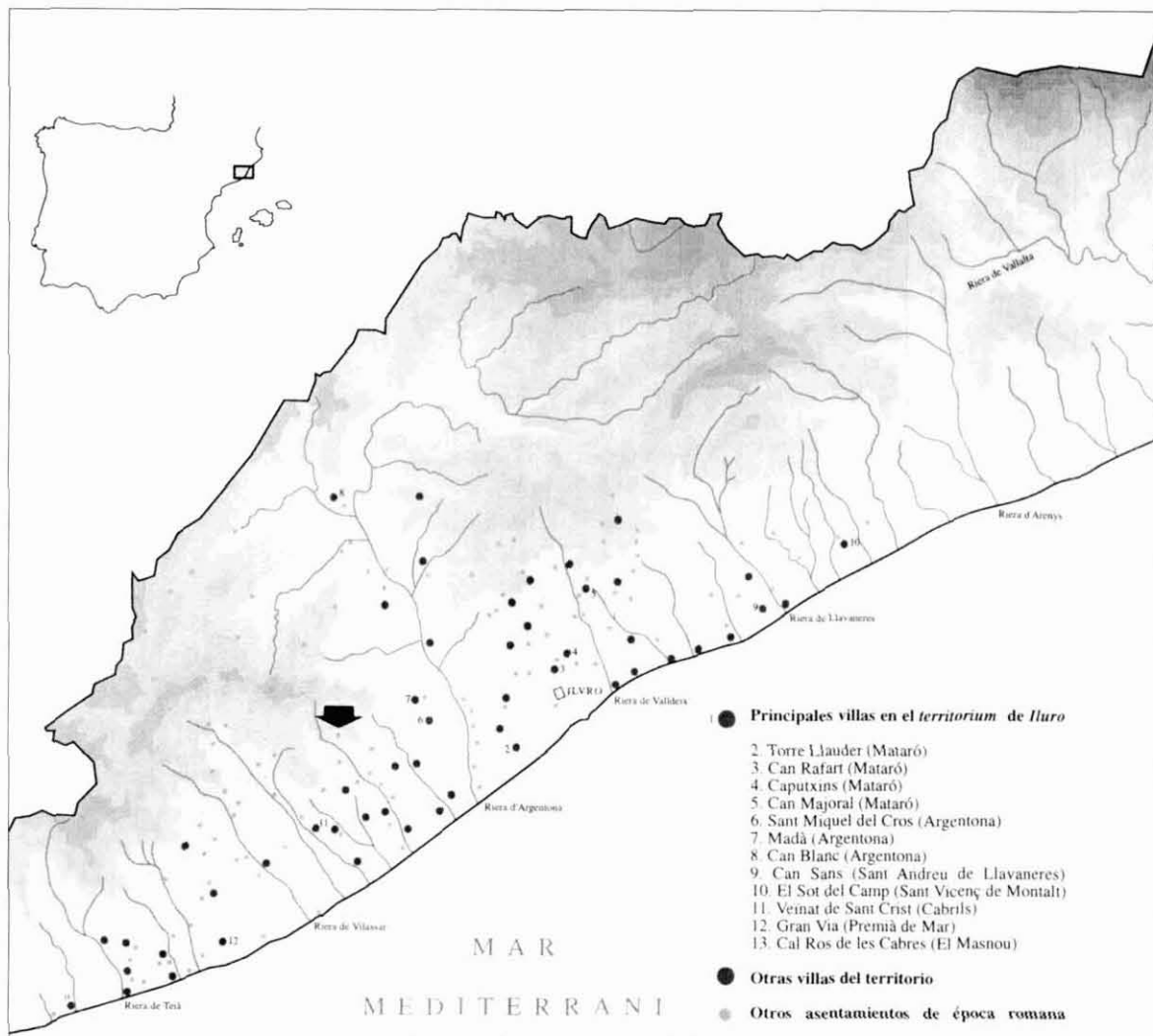
El valle de Cabrera, de forma triangular, está limitado por la montaña de Burriac (410 m.), al norte, por el Montcabrer (312 m.), al suroeste, y por la prolongación del

Turó dels Oriols (322 m), al este. Estas tres elevaciones forman parte de la Serralada Litoral y presentan fuertes pendientes que facilitan la erosión y el transporte de sedimentos hacia zonas de cotas más bajas. La acción erosionadora del agua sobre el granito transforma la roca en un tipo de suelo arenoso conocido como *sauló*. El valle se orienta hacia el sureste, abriéndose hacia la llanura del litoral; su altura se sitúa entre las cotas de los 100 y 200 m. de altitud, con un descenso relativamente suave en dirección al mar. La base geológica del asentamiento romano, al igual que la mayoría de las elevaciones de la zona es granítica, de origen tectónico, y pertenece al sistema de relieve Herciniano.

EL POBLAMIENTO ROMANO EN EL VALLE DE CABRERA

En época ibérica el valle de Cabrera fue ocupado de forma muy intensa. Este poblamiento estaba organi-

Figura 1. Situación de Can Modolell.



zado social y económicamente desde un gran poblado fortificado, Burriac, en torno al cual se distribuían, de forma jerarquizada, los diversos tipos de asentamiento y de usos del espacio: las necrópolis y centros religiosos, como el santuario de Montcabrer, el hábitat disperso, las zonas de almacenaje, los puntos de control, etc. (García 1993; García/Zamora 1993; Pujol/García 1994; García/Martín/Cela 2000; Olesti 2000). En términos topográficos, la ocupación del territorio se articulaba a partir de un eje conformado por la riera de Cabrera y el Torrent del Castell, que nace en medio del poblado de Burriac y desemboca en la primera. Este eje constituye el camino natural que comunicaría la entrada del *oppidum* con el mar y la mayoría de los asentamientos, con excepción del santuario mencionado, se sitúan en sus proximidades. Con toda probabilidad, Burriac era también el centro político de un amplio territorio que se extendía por el litoral central del Maresme.

La conquista romana, a partir de finales del siglo III a.C., supone una reorganización general del territorio y del mundo indígena, que se manifiesta en la aparición de nuevos sistemas de explotación agraria (ocupación de las zonas de la llanura litoral), la creación de nuevos asentamientos (se pueden citar los de Can Bartomeu, Can Català, Can Modolell o Ca l'Esteban), nuevas propuestas económicas y comerciales (cambios de cultivos, aparición de las acuñaciones monetarias, importaciones de productos foráneos, principalmente itálicos) y cambios en los sistemas de almacenaje (aparición de las *dolia*, *silos* domésticos) y en las técnicas constructivas (viviendas de patrón romano, utilización de materiales romanos, como *tegulae*, o estucados de paredes, etc.) (Pujol/García 1994; García/Martín/Cela 2000; Olesti 2000).

El poblamiento romano, organizado plenamente a finales del siglo I a.C., presentaba unas pautas diferentes respecto al mundo ibérico, reflejo de unas nuevas formas de explotación económica y de otras necesidades socioculturales. La mayoría de asentamientos romanos se situaba en el sector final del valle, en el punto en que éste se abre a la llanura litoral. Este hecho respondía a la intención de aprovechar mejor las posibilidades agrícolas y las condiciones topográficas que ofrecía el área que se divide actualmente entre los términos municipales de Cabrera de Mar, Cabrils, Vilassar de Mar, Argentona y Mataró: buena insolación y drenaje adecuado, suelos agrícolas fértiles y un relieve suave, articulado en terrazas amplias orientadas hacia el

mar. Por otra parte, la propia estructura del territorio, vertebrada por las diversas redes hidrográficas en sentido noroeste-sudeste, aseguraba unas buenas comunicaciones entre la llanura y la cadena litoral, que concentraba recursos forestales importantes. Finalmente, la presencia de la Via Augusta, que cruzaba el territorio en sentido noreste-suroeste, permitía organizar la red viaria local y conectarla con las ciudades más próximas (*Iluro*, *Baetulo*) y con *Barcino*. Un antiguo camino utilizado hasta la actualidad, el Camí del Mig, parece seguir, en parte, el trazado de esta vía, como lo demuestra el miliario de época de Augusto localizado en 1952 (IRC I, núm. 183; datado hacia el 9/8 a.C., seguramente en el contexto de la fundación de la colonia de *Barcino*).

Las áreas de ocupación preferente de las *villae* son las de pie de montaña, donde los valles (de Cabrera, Cabrils o Argentona) se abren a la llanura litoral, y el sector más próximo a las playas. Aquí se localizan la mayoría de asentamientos rurales que pueden calificarse como *villae* con cierta seguridad: Veinat del Sant Crist, en Cabrils; Rajoleria Robert, en Vilassar de Mar; Can Mateu, Camí del Mig-Riera d'Argentona, la ermita de Santa Margarida, cerca de Can Mora, Can Carbonell, Urbanització La Guardiola y Can Mateu, todas ellas en el término de Cabrera; Sant Sebastià, Can Blanc y Sant Jaume de Traià, en Argentona; Torre Llauder, en Mataró (una relación de este poblamiento en Prevosti 1981, núms. de inventario 154-194, para el área Vilassar de Mar-Cabrils Cabrera, y núms. 201-239 para el término municipal de Argentona; *vid.* además, Carreras/Rigo 1994).

La mayoría de estos lugares no ha sido excavado y es difícil establecer sus características arquitectónicas, su cronología y como se organizaba su vida cotidiana y economía. Una de las excepciones, situada muy cerca del valle de Cabrera, es la *villa* del Veinat del Sant Crist, donde se descubrió un conjunto de habitaciones distribuidas alrededor de algunos espacios abiertos, uno de ellos posiblemente un peristilo⁹. Tanto la planificación, muy cuidada y separando perfectamente el área residencial y otras funciones (sectores de trabajo, necrópolis), como los elementos decorativos recuperados, responden a los modelos de arquitectura de *villae* conocidos en otros lugares cercanos que han sido excavados en parte: Torre Llauder, en Mataró (Ribas 1966; 1972; Prevosti 1981, núm. 243; Cerdà/Pérez 1991; Prevosti/Clariana 1993); o Cal Ros de les Cabres, en Masnou (Prevosti 1981, núm. 102; Burés/Marqués 1991).

9.- Esta villa puede servir de ejemplo por su proximidad al valle de Cabrera y por la importancia de sus estructuras; pero también ilustra los límites de la investigación del mundo rural del Maresme: las primeras noticias datan de la década de 1946 y fue objeto de algunas intervenciones preventivas que explican su aparición en publicaciones arqueológicas más recientes; sin embargo, se conoce muy poco de su funcionamiento interno y evolución (Prevosti 1981, núm. 164; *vid.* también la planta general de la figura 46, 4).

Estos modelos y la jerarquía de las funciones que los acompañan responden a unas estrategias culturales, sociales y económicas nuevas que redistribuyeron el poblamiento y transformaron el territorio.

En primer lugar, la proximidad a la ciudad de *Iluro*, a la Via Augusta o al sector de la llanura litoral cercano a la playa (donde se sitúan muchas *villae* importantes) refleja unas necesidades ideológicas y sociales precisas: la integración de los propietarios rurales en la vida urbana y en sus ritmos sociales y administrativos, en tanto que constituyen la élite de la ciudad, al tiempo que desarrollan sus lazos con los grupos dirigentes de otras ciudades del litoral catalán. Hay que poner en relación con estas mismas necesidades la implantación de necrópolis y mausoleos familiares en las proximidades de algunas de las *villae* importantes mejor conocidas: en la ya mencionada del Veinat del Sant Crist, en la Rajoleria Robert o en Torre Llauder, por ejemplo. La relación entre necrópolis y hábitat, y la organización interna de los espacios funerarios, objeto de prescripciones legales muy cuidadosas, contribuyen a reforzar las nociones e ideales relacionados con la jerarquía social y con las categorías jurídicas que también se materializan en la arquitectura de las *villae*. El *status*, la red de relaciones sociales, el patrimonio y la capacidad de actuación, y ambiciones, de las familias residentes se evidencian por igual en estos dos ámbitos. Tampoco es casual que estos valores aparezcan mejor expresados en la periferia inmediata de las ciudades, formando un escenario que completa y enriquece la vida urbana y que es indisociable de esta¹⁰.

Las *villae* también son centros económicos. La implantación preferente en el litoral responde a nuevas formas de explotación intensiva, representada, en gran parte, por la extensión de la viticultura en la *Hispania Citerior* entre los siglos I a.C. Y I d.C. Lugares como Cal Ros de les Cabres, el Veinat del Sant Crist, Can Portell, Sant Sebastià o Torre Llauder, por mencionar sólo los mejor estudiados, concentraban instalaciones de transformación y hornos para fabricar ánforas que se integraban, como actividad complementaria, en el ciclo de la producción agrícola (Revilla 1995, núms. 36 y 39-42). La finalidad de esta producción artesanal era, básicamente, la fabricación de *instrumentum domesticum*, necesario para la vida económica y doméstica de una *villa*; pero algunas prácticas

podrían haber alcanzado un mayor desarrollo aprovechando la demanda de *Iluro* (este sería el caso de algunas actividades detectadas en la villa de Torre Llauder, situada a 1'5 kms. de esta ciudad; Ribas 1972).

La concentración de *villae* en el litoral (impresión debida, en parte, a limitaciones de la evidencia documental disponible) no supone el abandono de la zona interior del valle; dicho de otra manera, la ausencia de estos núcleos no se puede interpretar simplemente como expresión de un vacío demográfico o de una supuesta marginalidad de las áreas de montaña del Maresme. No sólo se conocen algunos lugares de características imprecisas que podrían ser *villae*, sino que también existen otros que podrían ser pequeñas granjas o instalaciones productivas especializadas, ocupadas de forma continuada o estacional, dependientes, en términos económicos, de *villae* próximas (Prevosti 1981, menciona los siguientes: Can Carbonell, núm. 181, como villa; Cementerio, núm. 183, como villa y necrópolis; Can Vehils, núm. 184; La Creueta, núm. 185; Can Sala, núm. 186; Can Mateu, núm. 187, como villa; Urbanització la Guardiola, núm. 190, como villa). Algunos de estos establecimientos, de escasa entidad arquitectónica, pueden corresponder a lo que los escritores latinos denominaban *tugurium*. En el área de *Iluro*, cerca de zonas de bosque y a pie de montaña, se conocen algunos. La explotación de una zona con recursos forestales (agua, madera para la construcción o combustible, materias primas, ganadería) es fundamental para la agricultura romana; y lo es todavía más en un territorio como el Maresme, donde la viticultura y la exportación vinícola alcanzaron cierta importancia. Finalmente, la demanda de objetos generada por una población urbana y rural, numerosa y con una cierta capacidad de consumo, supuso el desarrollo de actividades artesanales muy diversas (cerámica, metal, vidrio; todas detectadas arqueológicamente) y sus necesidades debieron contribuir a un aprovechamiento intensivo de los recursos naturales (Revilla 1995, 141).

La ocupación de la mayoría de *villae* perdura a lo largo de todo el periodo imperial, hasta el siglo V d.C., como mínimo, y con unos porcentajes de continuidad importante, a pesar de la desaparición de algunos núcleos. Esta continuidad se expresa, igualmente, en términos ideológicos. En el Maresme central existe un

10.- La documentación disponible sobre prácticas funerarias en el Maresme es muy escasa: algunas necrópolis cuya organización interna no se conoce, y algunas tumbas o mausoleos aislados; en la gran mayoría de los casos, sin referencia cronológica alguna; un inventario en Prevosti 1981, 41-42, que menciona 90 localizaciones sobre los 352 lugares que recoge en su obra; estas carencias dificultan el conocimiento de las estrategias sociales y económicas desarrolladas por un colectivo o por los individuos y su influencia en la organización de la sociedad rural; en ocasiones, tampoco se ha podido precisar si los enterramientos, tanto en *villae* como en otros tipos de asentamiento, corresponden a una reocupación de un lugar ya abandonado, una práctica que responde a una situación totalmente distinta; un intento reciente de reconstruir la organización interna de una necrópolis, que sirve también como ejemplo de los problemas de significado que plantea el mundo rural, en Cela *et alii* 1999 (necrópolis de Can Bel, en Pineda de Mar).

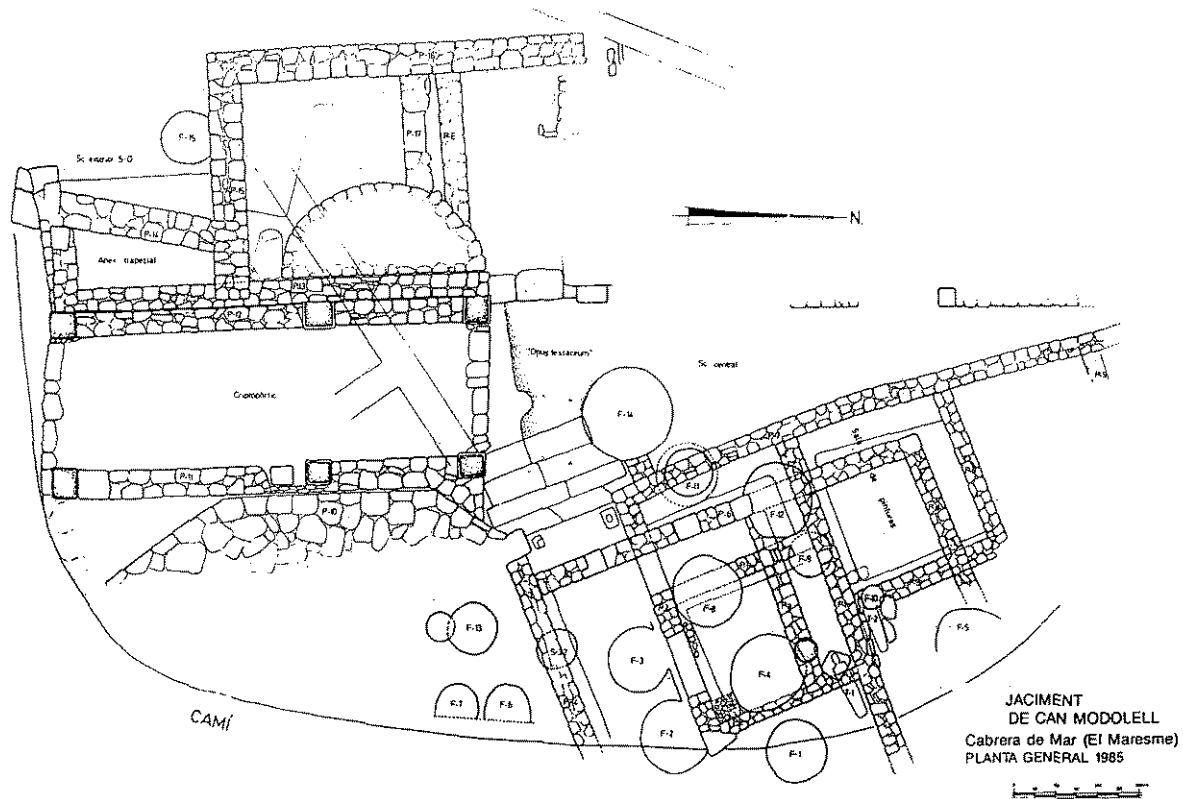


Figura 2. Excavaciones del periodo 1974-1984: planta general.

número significativo de casos de *villae* del Alto Imperio, con perduración tardía y sobre los cuales se edificaron ermitas medievales: Santa Margarida (Cabrera de Mar; Prevosti 1981, núm. 176), Sant Jaume de Traià (Argentona; Prevosti 1981, núm. 231), Sant Sebastià (Argentona; Prevosti 1981, núm. 228), Sant Miquel del Cros (Argentona; Prevosti 1981, núm. 238) o Sant Martí de Mata (Mataró; Prevosti 1981, núm. 310). Los trabajos de M. Prevosti han mostrado claramente la perduración del hábitat rural tardío en el área que comprendían los territorios de *Baetulo* e *Iluro* (la autora establece en un 21 % la reducción del poblamiento respecto al periodo anterior a partir de una muestra de una treintena de yacimientos; Prevosti 1981, 560-561). Es interesante señalar que del total de 352 lugares recogidos en su catálogo, en 61 se constata la superposición de masías y/o iglesias rurales sobre un asentamiento romano anterior (Prevosti 1981, 61; las cronologías de las fundaciones cristianas se sitúan en la Alta Edad Media, concretamente entre los siglos IX y XI). Algunas de las *villae* parecen haber sido centros de cristianización del territorio aprovechando la concentración de población, como muestra la presencia de algunas necrópolis tardías, y quizá una dependencia respecto a grandes propiedades. El motor ideológico de este proceso debió ser la implantación del culto a los mártires que se documenta claramente con las inscripciones de Sant Martí de Mata (*IRCI*, núms. 123-124, con formularios epigráficos pro-

pios de finales del siglo VI y del siglo VII). A estas hay que añadir un fragmento de lápida funeraria procedente de la ermita de Santa Margarida de Cabrera, que se data en el siglo V (Prevosti 1981, núm. 176). Las menciones recogidas en Mata sobre el enterramiento de fieles *ad sanctos* evidencian la relación entre poblamiento, necrópolis y centros de culto en el proceso general de reorganización del mundo rural que se produjo a finales de la antigüedad. Los asentamientos mejor conocidos, como Torre Llauder, muestran además que las *villae* sufrieron transformaciones arquitectónicas importantes, transformaciones que corresponden a cambios en los valores sociales y culturales (Clariana/Prevosti 1994, hablan de "ruralización" para definir el proceso; para el litoral nororiental de la *Hispania Citerior*: Chavarría 1996). Es en este contexto de un mundo rural caracterizado por una organización compleja, un poblamiento muy denso y vinculado a la ciudad de *Iluro*, así como por una fuerte continuidad en época tardía, es en el que debe entenderse la evolución del establecimiento de Can Modolell entre los siglos I y V-VI d.C.

LAS EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS DEL PERÍODO 1974-1984

Can Modolell fue objeto de diversas campañas de excavación, dirigidas por la Sección Arqueológica del Museo de Mataró, entre los años 1974 y 1984. Estas actua-

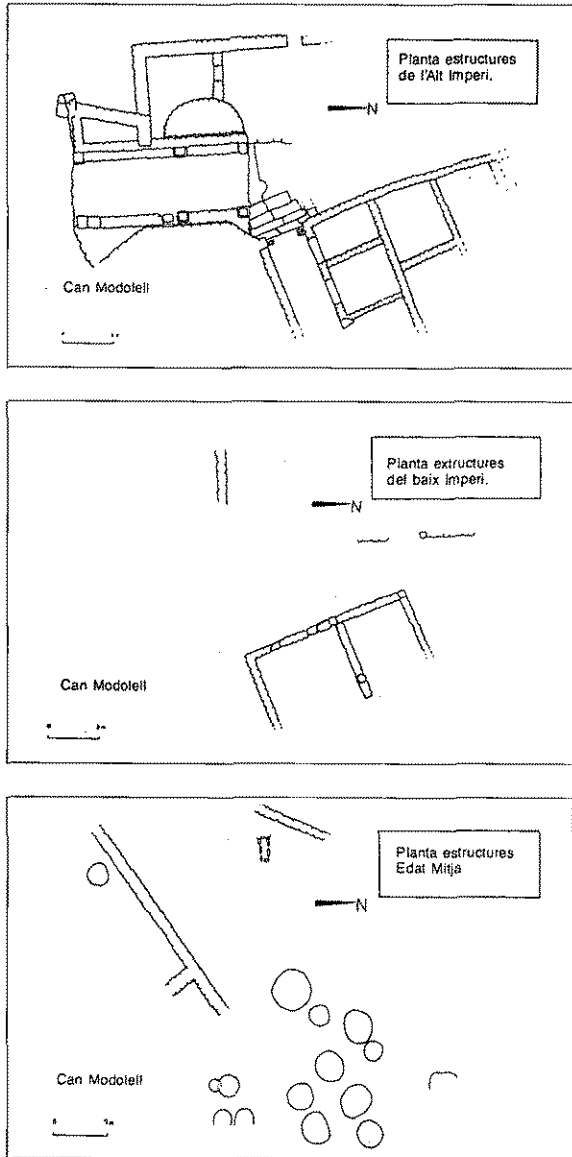


Figura 3. Excavaciones 1974-1984: fases del Alto Imperio, Antigüedad Tardía y Edad Media.

ciones estuvieron motivadas por el proceso de degradación provocado por la existencia de un camino rural y por el expolio de los excavadores clandestinos. Fueron éstos, precisamente, los que encontraron algunas de las piezas más significativas, como una pequeña ara con una inscripción dedicada a *Kautes* (*IRC I*, núm. 85; *vid.* Bonamusa *et alii* 1985, 12; para las primeras noticias: S.A.M.M. 1977 y 1978), y los que proporcionaron los primeros indicios sobre la función del lugar,

aunque la presencia de restos arqueológicos en Can Modolell y sus alrededores era conocida con anterioridad. En 1952, Marià Ribas señaló la presencia de materiales romanos al norte del pueblo de Cabrera, y en publicaciones posteriores menciona el hallazgo de silos ibéricos y recoge noticias orales sobre unos enterramientos que fueron destruidos en los años 30 (Ribas 1952, 96; 1964, 76)¹¹. Este tipo de hallazgos aislados, difíciles de interpretar, han sido constantes en los últimos años.

Las campañas realizadas durante este periodo permitieron descubrir un conjunto de estructuras arquitectónicas muy complejas que ocupaban una superficie aproximada de 300 m² (Figs. 2 y 4). La valoración de sus características es muy difícil, ya que su organización interna y funciones han sido consideradas de diversas maneras y la documentación publicada no es muy concluyente; además, las excavaciones se limitaron a un sector muy concreto que tampoco se excavó por completo. Con todo, estas excavaciones permiten llegar a algunas conclusiones (diversos avances de las primeras campañas en S.A.M.M. 1977 y 1978). La mejor síntesis corresponde al catálogo de la exposición presentada en 1985 en el Museo de Mataró: (Bonamusa *et alii* 1985; los resultados han sido repetidos en Clariana/Járrega 1990, 334; Bonamusa 1994; Járrega/Clariana 1996, 147; Bonamusa *et alii* 1998; Bonamusa/Gari/Clariana 1998, también puede consultarse Prevosti 1981, núm. 189, págs. 207-210). El conjunto parece organizarse en torno a dos sectores edificados. Cada uno de ellos, se articula internamente en una serie de dependencias de tamaño y forma diversas y se adaptan perfectamente al terreno, que fue recortado en algunos puntos hasta los 4 m. de profundidad para situar los muros. Las particularidades de la construcción y la presencia de algunos elementos y espacios singulares han condicionado la valoración global del conjunto.

El más importante es, sin duda, un ámbito rectangular, de 10,60 m. de longitud por 3,10-3,20 m. de anchura, excavado profundamente en el *sauló*, limitado por dos muros de construcción cuidada y cubierto con un pavimento de grandes losas (Fig. 8). En dichos muros se incluyeron dos series de grandes pilastras cuadradas, coronadas por un capitel y dispuestas a intervalos regulares; esta obra revestía una construcción anterior de aparejo muy rústico (Bonamusa 1994; 1998, 63). Este espacio, denominado "Criptopórtico" en las publicaciones, parecía ocupar una posición especial, ya que se sitúa sobre el eje imaginario que separaba los dos sectores excavados y tiene una comunicación fácil con la mayoría de

11.- Para las primeras noticias arqueológicas sobre el valle de Cabrera: A. Verdaguer, Excursió col·lectiva a Caldetas y Sant Andreu de Llovañeras y visita a la col·lecció de D. Joan Rubio de la Serna (antigüetats ante-romanas de Cabrera), *Butlletí de l'Associació d'Excursions Catalana* 74-75, 236-243; J. Brunet, Excursió particular a Cabrera y nous descobriments de antigüetats ante-romanas, *Butlletí de l'Associació d'Excursions Catalana*, VII (1885) 80-88.

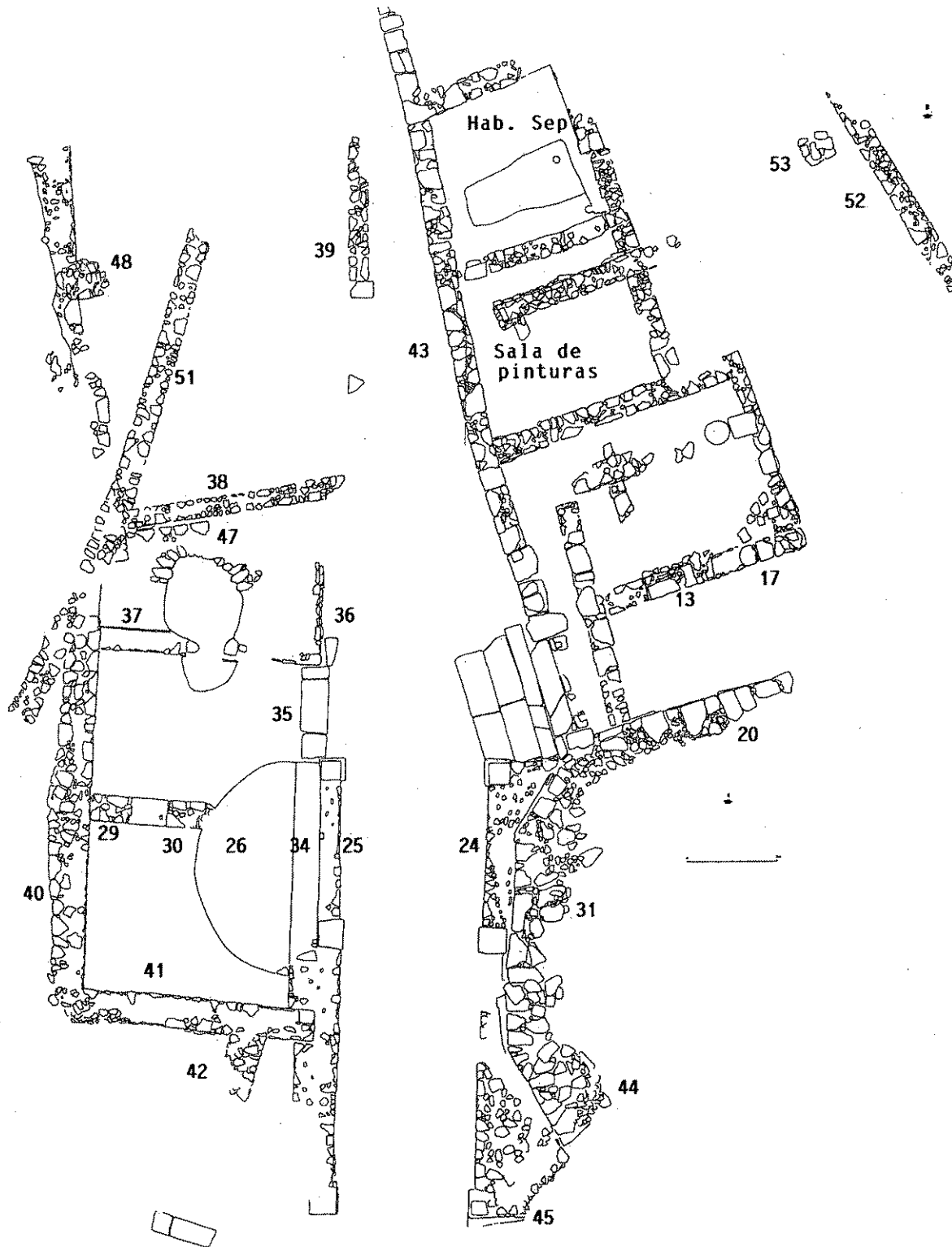


Figura 4. Excavación de 1999: planta general.

dependencias. Al mismo tiempo, su acceso parecía producirse por un único punto: una puerta de grandes dimensiones y una escalera muy amplia de tres escalones construida con grandes losas de granito. La presencia de las pilastras y el espesor de los muros hacen pensar que este espacio alargado estuvo cubierto, por lo menos en una

de las fases constructivas, con una bóveda (vid. *infra*). Al oeste, adosada a uno de los muros que cerraban el Criptoportico, se excavó otra estructura singular: una gran construcción turriiforme de planta semicircular, maciza, realizada en sillarejo y mortero de cal; esta obra se conservaba hasta una altura de 5 m. (Fig. 6).



Figura 5. Vista del pasadizo de acceso al complejo (denominado Criptopórtico) tal como se reconstruye en el siglo II d. C. (Fase 1b).



Figura 6. Edificio situado a occidente del complejo: vista de las dos habitaciones localizadas (Fase 1) y de la torre semicircular incorporada en la Fase 1b.



Figura 7. Sector de Can Modolell. En primer término construcciones de la Antigüedad Tardía (Fase 2) superpuestas a las construcciones del Alto Imperio.

El hallazgo de varias inscripciones llevó, muy pronto, a identificar el complejo como un centro de culto rural (Mariner 1978; 1979; Bonamusa 1985; Bonamusa *et alii* 1985, 26 y sigs.; Fabre/Mayer/Rodà 1983, 83 y sigs.; Bonamusa 1994; Pascual 1994; Bonamusa/Garí/Clariana 1998). Se trataría, en concreto, de un lugar destinado, total o parcialmente, al culto de una divinidad romana de origen oriental, Mitra, ya que uno de sus dadóforos se menciona en dos inscripciones sobre pequeños altares de mármol (*IRC I*, núm. 85 y núm. 206) y sobre un fragmento de coronación cilíndrica en piedra de Santa Tecla (*IRC I*, núm. 86).

K(auti) · D(eo)
L(ucius) · PETRE
IVS · VIC
TOR · ALI ARIVS D(eo) · K(auti) · M(itbrae)
V(otum) · S(olvit) · L(ibens) · M(erito) · (*IRC I*, núm. 85)
K(auti) · V(otum) · S(olvit) · L(ibens) · M(erito). (*IRC I*, núm. 86)
K(auti) · V(otum) · S(olverunt)
SVCESSVS
ELAINE
CAESARIS. (*IRC I*, núm. 206)

S. Mariner, en su estudio de la primera inscripción descubierta, propuso relacionarla con *Cautopates*; por su parte, G. Fabre, M. Mayer e I. Rodà se inclinan por *Cautes* (Mariner 1978; cf. el comentario en *IRC I*, núm. 85). Esta propuesta coincide con otras dedicatorias a *Cautes* en *Hispania*: Barcelona (*K(auti) Deo: IRC IV*, núm. 13) y Avalos, cerca de Mérida (*Caute: CIL II 464; vid. Alvar 1981, 53*; a estas inscripciones se han de añadir dos representaciones escultóricas, de uno u otro dadóforo, procedentes de Mérida: Alvar 1981, 52-53). Aunque de forma no demasiado explícita, algunos autores habían considerado inicialmente que el denominado Criptopórtico correspondería al lugar en el que se debían realizar algunas de las prácticas culturales relacionadas con Mitra; en concreto, aquellos aspectos del culto que requerían intimidad. Esta hipótesis se apoyaría en las características arquitectónicas especiales que parece presentar el lugar: un acceso restringido, definido por una entrada monumental (la puerta con la gran escalera), y una construcción semienterrada y cerrada, con una planta rectangular muy alargada que recuerda las aulas basilicales con altar en la cabecera típica de los mitreos (Bonamusa 1994, 3; Pascual 1994, 11; cf. Bonamusa *et alii* 1985, 22 y sigs., que describen las características del Criptopórtico y dejan de lado la cuestión de la función)¹². En las últimas publicaciones se pre-

12.- "A finals del segle II d.C. o principis del III, en època severa, hom hi observa una important remodelació (...). Correspon a aquesta època la sala que denominem "criptopòrtic", pavimentada a base de llambordes, i amb pseudocolumnes coronades amb impostes, a les parets laterals. Degut a la seva situació semi subterrània i a troballes materials, aquest àmbit pot relacionar-se amb els temples dedicats al déu oriental Mitra" (Bonamusa 1994, 3).

fiere hablar de un espacio subterráneo, sin más precisiones, que acogería diversas actividades (Bonamusa 1998, 6; sin embargo, también se insinúan otras posibilidades).

La evolución de la función religiosa del lugar es más compleja de lo que dejan entrever las inscripciones dedicadas a Mitra. La excavación del lado este del Criptopórtico permitió recuperar una ara con una inscripción muy destruida, integrada en uno de los muros datados en el siglo II d.C., pero que quizá ocupaba el mismo emplazamiento en origen. Su formulario parece incluir la mención de un dedicante y de una divinidad femenina (*Diana, Fortuna, Luna o Victoria: IRC 1*, núm. 87). Además, recientemente se ha leído el nombre de Neptuno en una pequeña placa de bronce, con forma de *tabula ansata*, que debía acompañar una ofrenda. La placa se encontró en un nivel datado a finales del siglo II- inicios del III d.C., relacionado con la remodelación del espacio del Criptopórtico, pero se fecha en época flavia (Bonamusa 1998, 65; *vid.* Mayer 1986-1989, 118-119, donde se completa la lectura propuesta en *Fonaments* 1988, 229; ahora en *IRC I*, núm. 207). Esta nueva dedicatoria amplía las referencias religiosas centradas

en el lugar y plantea cuestiones muy interesantes sobre la selección e implantación de una divinidad concreta, las relaciones que puede haber mantenido con otras y el marco social en que se produjeron estos procesos. La cronología de las inscripciones dedicadas a Mitra se sitúa en la segunda mitad del siglo II d.C. Esta datación coincide totalmente con la de otros testimonios claros del litoral catalán, como las inscripciones de Barcelona y Tarragona, así como con las evidencias epigráficas e iconográficas sobre el culto mitraico del resto de la Península Ibérica. Entre éstas, la mayoría urbanas, se puede mencionar la comunidad mitraica de Mérida, la mejor conocida, y los casos de Itálica, Córdoba, Cabra, San Juan de Isla, Benifayó, Caldas de Reyes o Troia (G. Fabre, M. Mayer e I. Rodà recogen algunos ejemplos en *IRC I*, 130-131; los trabajos recientes dedicados a Mitra o a los cultos místicos en el ámbito hispánico son relativamente numerosos: ALVAR 1981, 1993 y 1999, con una revisión crítica de la documentación; Bendala 1981; De Francisco Casado 1989; además, Clauss 1992, especialmente 72-76). Las excavaciones también aportaron elementos de estatuaria, piezas de mobiliario en mármol (soportes y placas de mesas y

Figura 8. Detalle de la unión entre los muros 41 y 42.



Figura 9. Criptopórtico: detalle del contacto entre los muros 24 y 31 (reformas del pasadizo en la fase 1b).



bancos), elementos decorativos de bronce para mobiliario, apliques y pequeños objetos en bronce que podrían corresponder a exvotos. El valor de estos elementos, tanto por el trabajo artístico como por el tipo de material (generalmente mármoles de origen oriental, itálico o africano), hace pensar en ofrendas relacionadas con la decoración de los interiores, con la liturgia y con la solicitud de favores o el cumplimiento de promesas a una divinidad; este último capítulo es muy importante en cualquier santuario.

Un hecho a destacar es la presencia de personajes importantes como dedicantes de algunas de las inscripciones y de los objetos: desde duoviros (quizá magistrados de la vecina *Iluro*) hasta individuos relacionados con la administración imperial. Entre estos últimos aparecen un procurador y dos esclavos¹³. También aparecen individuos con *tria nomina* completos que indican una condición ciudadana, pero cuya posición social no puede precisarse¹⁴. Esta concentración muestra la importancia del complejo como centro ideológico de un amplio territorio.

Las excavaciones de 1974-1984 permitieron distinguir dos grandes periodos de ocupación (Fig. 3). El primero, situado entre los siglos I y III d.C., correspondería al funcionamiento del lugar como santuario rural (Bonamusa *et alii* 1985, 20-23; Bonamusa *et alii* 1998). Dentro de estos tres primeros siglos se han podido individualizar dos subfases, en términos arquitectónicos y funcionales, si bien sus diferencias no se describen adecuadamente en las publicaciones. La primera, desde la primera mitad del siglo I d.C. hasta finales del siglo I o inicios del II d.C., corresponde a un conjunto de construcciones que posiblemente ya tenían un carácter religioso. Aunque existen dudas sobre como definir la etapa inicial de la ocupación y las intenciones de la fundación, para sus excavadores su actividad romaniza e interpreta un culto anterior (*cf.* Bonamusa *et alii* 1998, 128; tesis sugerida por M. Prevosti 1981, 207 y sigs.). Es interesante señalar que se conoce un lugar de culto indígena en el mismo valle de Cabrera, la Cova de les Encantades. Sus características y emplazamiento son muy diferentes a las construcciones romanas: frente al complejo arquitectónico perfectamente planificado, que utiliza las posibilidades de la topografía para facilitar el acceso y monumentalizar su apariencia, el enclave indígena es una simple cueva que quizá incluía algunos ele-

mentos arquitectónicos y que se situaba voluntariamente en un punto marginal, la cima de una montaña. El lugar, que sigue la tradición indígena de los santuarios de altura, fue ocupado entre los siglos IV y finales del I a.C.; para sus excavadores, su carácter sagrado se habría trasladado, y romanizado, en Can Modolell en un momento situado hacia el cambio de era (Coll/Cazorla/Bayes 1994, 68; Coll/Cazorla 1998).

La fecha fundacional de esta subfase presenta algunos problemas. Se mencionan cronologías de época de Claudio para algunas construcciones (Clariana/Jarrega 1990, 334; Bonamusa *et alii* 1998, 126; Bonamusa/Garí/Clariana 1998, 47); pero también se señala la presencia de cerámicas tardo-republicanas y augustales, que podrían avalar una fundación anterior, bajo el Criptoportico (datación del denominado estrato V: Bonamusa *et alii* 1985, 20; Bonamusa 1998, 66; Bonamusa *et alii* 1998, 127; Bonamusa/Garí/Clariana 1998, 47, también mencionan dataciones augustales, pero no se precisa claramente el contexto de los hallazgos; Coll/Cazorla/Bayes 1994 sugieren una fecha similar que encajaría con una transformación directa e inmediata del culto ibérico). En cualquier caso, falta una descripción detallada de las estratigrafías y del material cerámico y numismático que permitiría precisar tanto la cronología como, lo que es más importante, el alcance del programa constructivo fundacional. Es posible, por ejemplo, que lo que se considera una sola actuación global sea, en realidad, el resultado de la incorporación de diversos edificios a lo largo de un periodo de tiempo más amplio (ocupando las primeras décadas del siglo I d.C.). Esta posibilidad no excluiría la existencia de un proyecto arquitectónico definido desde los inicios.

La mayor parte de las construcciones, la epigrafía, la estatuaria y el mobiliario de Can Modolell se datan en una subfase posterior, que se fecha hacia mediados-segunda mitad del siglo II d.C. En este segundo momento se realizarían algunas reformas muy importantes, evidenciadas claramente por las relaciones estructurales y estratigráficas que guardan los diversos elementos, pero ninguna publicación las explica de forma detallada. El análisis de la epigrafía y de algunos elementos del mobiliario sugieren que fue durante el siglo II d.C. cuando el lugar se convirtió en un santuario mitraico (Fabre/Mayer/Rodà, *IRC I*, 131; Bonamusa *et alii* 1998, 134; Bonamusa/Garí/Clariana 1998,

222

13.- M(arcus) · M[—VS · M(arci ?) · F(ilius) —· VS · ET · —· —· VS ?] · F(ilius) · CELER · II · VIR(i) · E[X] y sobre lateral STIPE. (*IRC I*, núm. 88)
APHNI · PACI o P(ubli) · ACCI SATVRNINI
PROC(uratoris) · VESPASI
(SI) ANI AVG(usti) · L(iberti). (*IRC I*, núm. 89).

14.- M(arcus) · FLAVIVS · MOSCHVS
NEP[T]VNO · V(otum) · S(olvit) · L(ibens) · M(erito). (*IRC I*, núm. 207).

41). No se puede precisar si el de Mitra fue el único culto practicado en esta subfase. Las publicaciones anteriores tampoco definen las relaciones entre su implantación y algunas de las reformas arquitectónicas que se aprecian en el lugar. Entre éstas, destaca especialmente la construcción del denominado Criptopórtico, que ha sido datado en las postrimerías del siglo II-inicios del III d.C., y la estructura turriforme de planta semicircular, que parece datarse hacia mediados-segunda mitad del siglo II d.C. (Bonamusa 1998, 65; Bonamusa/Gari; Clariana 1998, 47)¹⁵.

El final del primer periodo de ocupación se produciría hacia finales del siglo III d.C. o, incluso, durante las primeras décadas del siglo siguiente. Los excavadores señalan la existencia, en el sector del Criptopórtico y en otros puntos, de un nivel formado por el derrumbe de la techumbre (denominado estrato IVb), y hablan de un abandono¹⁶. Pero no se puede precisar si se trata de un abandono total o parcial o de un proceso intencional de destrucción (Clariana/Járrega 1990, 332). La segunda fase parece corresponder a una ocupación más modesta. Pertenecen a este momento algunos muros de construcción muy rústica, formados básicamente, por materiales reutilizados, como *tegulae*, ladrillos y fragmentos cerámicos, que se asientan sobre un estrato de nivelación muy potente, el estrato IV (Fig. 10); a su vez, este nivel cubre otro, el estrato IVb, que no se describe adecuadamente en las publicaciones (*vid.* nota 16). La cronología inicial de esta ocupación se sitúa entre finales del siglo V e inicios del VI d.C., datación propuesta para la formación del estrato IV (Clariana/Járrega 1990, 342; Járrega/Clariana 1996, 149). No se han podido determinar las características o las actividades realizadas en este nuevo asentamiento. El hallazgo de un fragmento de *mensa* de altar, de posible atribución paleocristiana, ha hecho pensar en la existencia de un nuevo centro de culto, en este caso, cristiano (Clariana/Járrega 1990, 342, fig. 11; Járrega/Clariana 1996, 149, fig. 16). Este dato es interesante, ya que permitiría proponer una continuidad directa de ocupación y función entre la antigüedad tar-



Figura 10. Vista de la fachada del pasadizo y del relleno interno de la obra: Muro 45 (Fase 1b).



Figura 11. Pasadizo, escalinata y puerta de acceso al edificio oriental del complejo tal como se organizan en la Fase 1b.

223

diá y la alta edad media. Esta continuidad se ha sugerido en los casos de *villae* del Maresme en las cuales se habrían asentado centros de culto paleocristianos y áreas cementeriales; es en ellos donde se documentan santuarios cristianos entre los siglos IX y XI (para el problema de las modalidades de pervivencia y las situaciones que plantean otras áreas geográficas: Fevrier 1978; Audin 1984; Fixot/Zadora-Rio 1994-, para Cata-

15.- En las memorias de excavación se ofrecen dataciones para estas reformas que oscilan varias decadas; además tampoco se describen adecuadamente los materiales cerámicos recuperados (*cf.* Bonamusa 1998, 68; Bonamusa/Gari, s/f; Bonamusa/Gari/Clariana 1998, 47; Bonamusa *et alii* 1998, 135); es posible, por tanto, que lo que parece una reforma general y rápida del complejo altoimperial sea, en realidad, el resultado de un proceso que habría añadido paulatinamente estructuras a las construcciones fundacionales.

16.- La documentación del proceso de excavación presenta otro problema: los estratos individualizados en los diversos sectores recibieron idénticos números y su valoración se presta a confusiones; de esta manera, el denominado estrato IVb identificado en la zona oriental (que correspondería a una destrucción, cosa que no se indica claramente en las publicaciones), coincide, en el sondeo realizado junto a la torre semicircular, con el estrato V (descrito explícitamente como los restos de un tejado hundido); sin embargo, este último número se utiliza en la zona anterior para identificar los niveles fundacionales; en relación con éstos últimos, tampoco se distingue adecuadamente entre pavimentos y preparaciones, o entre estas y los rellenos de otro tipo (en las escasas publicaciones de síntesis no se incluyen estratigrafías del sector oriental: Bonamusa *et alii* 1985; Bonamusa *et alii* 1998; la única representación aparece en Clariana/Járrega 1990, fig. 2 y se repite en Járrega/Clariana 1996, fig. 2, en ella se aprecia que muchos niveles no se señalaron).

luña, Chavarria 1996)¹⁷. Algunas tumbas situadas en el sector oriental, cercanas a algunas construcciones de la Fase 2, podrían corresponder a un uso funerario parcial en época tardorromana o, aunque parece menos probable, a una ocupación medieval (una de las tumbas había sido afectada por la excavación de una fosa medieval, para la cronología: Clariana/Járrega 1990, 334; Járrega/Clariana 1996, 147).

Las excavaciones de 1974-1984 también permitieron identificar algunas estructuras medievales: muros aislados de construcción modesta, una tumba y varias fosas, de tamaños diversos, rellenas de materiales domésticos. Los muros se apoyaban en las construcciones romanas del lado oeste. Las tumbas podrían haber formado parte de una necrópolis de mayores dimensiones, ya que se han localizado otros enterramientos en las fincas próximas (Ribas 1964; Prevosti 1981, 207-210; un plano en Bonamusa *et alii* 1985; una tumba con cubierta de losas se reproduce en Bonamusa/Gari/Clariana 1998, 53). Es posible, aunque este aspecto no se menciona en las publicaciones, que las fosas y el uso funerario de un sector de la finca correspondan a dos momentos diferentes. Todas estas estructuras se han relacionado con una capilla dedicada a San Juan mencionada en dos documentos de los años 1025 y 1304 (S.A.M.M. 1978, 95; Bonamusa 1994, 3-4)¹⁸. Esta continuidad de la presencia humana responde perfectamente a las posibilidades agrícolas que ofrecen las plataformas de la montaña de Burriac más próximas al valle de Cabrera y a la presencia de agua y de recursos forestales, pero no permite establecer el tipo de poblamiento que existiría o cómo se organizó. De hecho, junto a las referencias a un templo, la documentación del siglo XIV sitúa algunos mansos en el mismo lugar (Can Modolell, Can Bartomeu).

En cualquier caso, la proximidad de una capilla dedicada a un santo parece responder a un fenómeno normal: la perduración, mediante la interpretación religiosa y la cristianización, de un anterior centro de culto rural. Este culto se mantiene en siglos posteriores. En la actual iglesia parroquial de Sant Feliu de Cabrera se conserva un sillar con el epigrafe Po DE SANCT JOHAN 1557, fecha que coincide con la construcción del nuevo templo (1546-1570). Es posible que, durante este periodo, la capilla de San Juan ejerciera las funciones parroquiales de la población de las proximidades. El beneficio de San Juan se habría trasladado, durante el siglo

XVIII, a la iglesia parroquial de Sant Feliu; posiblemente, en este momento la capilla ya habría desaparecido.

LA CAMPAÑA DE EXCAVACIÓN DE 1999

Como ya se ha comentado, una parte de esta intervención se ha dedicado a la limpieza y delimitación de la superficie ocupada por las estructuras arquitectónicas excavadas entre 1974 y 1984. Los trabajos también han afectado a un tramo de un antiguo camino rural, el Camí de Can Segarra, actualmente cerrado a la circulación. Se han realizado, además, dos sondeos: el primero en una área al norte de la gran estructura de planta semicircular asociada al Criptopórtico y el segundo en una habitación situada en el lado nordeste, junto al camino mencionado. Ambos lugares ya habían sido excavados en parte y habían sufrido un proceso de degradación muy intenso. Por ello, sólo se ha podido establecer una secuencia estratigráfica y cronológica parcial.

El sector central de las construcciones excavadas entre 1974 y 1984 concentraba prácticamente todas las estructuras (edificios y tumbas) y elementos negativos (zanjas de cimentación, silos y fosas medievales) conocidas (Fig. 2). La limpieza ha permitido reinterpretar las características y la evolución de algunas estructuras y espacios, documentadas de forma insuficiente o, a veces, de forma claramente errónea en las publicaciones anteriores.

Este es el caso de un muro que limita un pasadizo relacionado con la escalera y la gran puerta ya mencionadas (Muro 20). En la planimetría publicada se representa como una estructura de doble paramento, levantada con sillares de pequeño tamaño y de forma y dimensiones regulares; detrás de ella se situaría una acumulación de pequeñas piedras (Clariana/Járrega 1990, fig. 2: corresponde al espacio a la izquierda de la pared 4=Muro 20). Sin embargo, se ha podido comprobar que se trata de una obra formada por un sólo paramento de grandes bloques, bien ordenados en su cara exterior, que se adosó a un recorte del *sauló*; por el contrario, en la parte interna se utilizaron piedras de pequeño tamaño para adecuarse mejor a las irregularidades de la roca (puede apreciarse un detalle a la izquierda de la figura 7). Sus características constructivas, la situación (como parte del pasadizo que regula el acceso a las

17.- El estudio de este fenómeno presenta muchos problemas, derivados básicamente de la falta de excavaciones adecuadas que permitan distinguir entre una superposición casual del hábitat y una reocupación intencional con un fin ideológico preciso; esta excavación es ya imposible en muchos lugares del Maresme; las limitaciones de una documentación arqueológica insuficiente, para conocer el mundo rural tardorromano, han sido puesto de relieve en Fevrier 1978.

18.- El templo, con la indicación "runes de la capella de St. Joan", aparece en el plano de Cabrera de Mar que se incluye en C.Gomis, *Geografía General de Catalunya Barcelona* (Barcelona 1913-1918), 306, *Plan de Cabrera. Dibuix fet per en Joan Cabanyes. Escala 1:5000*;

dependencias septentrionales) y las relaciones estructurales con otros muros permiten considerarlo como perteneciente a la fase fundacional. Esto no excluye una *reutilización parcial en la fase de la antigüedad tardía*, ya que se trataba de una obra muy sólida y de gran envergadura (Bonamusa *et alii* 1985; cf. Clariana/Járrega 1990, fig. 1; Járrega/Clariana 1996, fig. 1).

En el lado suroeste del conjunto, a occidente del Criptopórtico, se reproducen los problemas de documentación e interpretación. La planimetría publicada muestra *dos paredes adosadas en toda su extensión*: aparentemente, el Muro 34, con una longitud de unos 16 m., se prolongaría hasta el extremo sur del yacimiento y posteriormente se le adosaría otra construcción (Muro 25) que cubriría toda su cara externa. Esta relación estructural se establece de otra forma y se puede interpretar en términos cronológicos. En realidad, el muro 34 es más corto y enlaza con el Muro 41 en ángulo recto, cerrando una habitación cuadrangular situada a occidente a la que se accede por una gran puerta. Esta habitación pertenece a un edificio también levantado en la fase fundacional. La construcción del denominado Criptopórtico, en un segundo momento, supuso la reorganización total de este sector y la ampliación de la superficie y los volúmenes edificadas. Esta circunstancia debió plantear algunos problemas de nivelación y de seguridad estructural, ya que se afectaba a un lugar con un desnivel importante. Ello obligó a reforzar las nuevas construcciones: el elemento principal, el Muro 25, presenta un mayor grosor (aproximadamente 90 cm.) en su tramo sur, y se apoya en el Muro 41. A la vez, su tramo norte reviste y enmascara por completo el muro que en la fase fundacional había tenido la función principal de soporte (el ya citado Muro 34).

Una cuestión pendiente de resolución definitiva es la relación entre los muros 42 y 41 y la interpretación de un pequeño espacio de planta trapezoidal cuyo posible uso como habitación plantearía muchos problemas. La excavación ha permitido comprobar que los muros 41 y 42 se construyeron de manera simultánea, y la función principal del Muro 42 habría sido la de reforzar el Muro 41 en un punto en el que el desnivel del terreno natural era mayor (Fig. 8, detalle). Al mismo tiempo, la disposición simétrica de los muros 42 y 44 muestra la intención de definir, en términos arquitectónicos rigurosos, el acceso o uno de los accesos principales a un complejo formado por varios edificios. La construcción del Muro 42, por lo tanto, hay que incluirla en la planificación de la fase fundacional del recinto. El espacio irregular existente, que los primeros excavadores habían llamado "ámbito trapezoidal", no puede considerarse así como una habitación destinada a una ocupación o a algún tipo de uso concreto, sino que es el resultado (un espacio muerto relleno de tierras) de la reestructuración relacionada con la creación del llamado Criptopórtico.

La planimetría publicada tampoco ilustra adecuadamente algunas de las estructuras que conformarían el extremo sur del Criptopórtico. Esta ambigüedad es el resultado de una hipótesis que tampoco se expresa de forma clara. Las publicaciones sugieren una destrucción parcial de este lugar como resultado del trazado del camino de can segarra en este punto (*vid.* Bonamusa *et alii* 1985, 12). Sin negar este extremo, lo que se conserva, especialmente las alineaciones y relaciones entre los muros 24, 25, 44 y 45, además del potente relleno de piedras que ocupa el ángulo entre las alineaciones de los muros 24, 44 y 45, hace pensar en la existencia de una obra de refuerzo o subestructura relacionada con la construcción de una fachada y la monumentalización de un acceso a todo el complejo (Fig. 4, planta general; Fig. 10, detalle del relleno adosado al Muro 44 y de lo que resta de la fachada). Esta posibilidad es atrayente, ya que modificaría la interpretación original, en cierta forma, todavía implícita en muchas publicaciones parciales, de este sector: la consideración del Criptopórtico como un ámbito cerrado y subterráneo al que se accedería por un único punto (Pascual 1994, 11; Bonamusa *et alii* 1985; Bonamusa 1998, 63, ya insinúa otra alternativa).

Uno de los elementos más interesantes de Can Modolell, desde el punto de vista arquitectónico, es una construcción con muros dispuestos formando tres lados de un polígono, que se sitúa en el lado sudeste. Su planta ha llevado a proponer interpretaciones muy diversas (torre, plataforma) y, a veces, ha sido considerada como un elemento independiente y anterior a las edificaciones romanas, se ha sugerido incluso su relación con las construcciones del cercano poblado ibérico de Burriac. En las plantas publicadas, este lugar se dibuja de una manera esquemática e incompleta, tomando la apariencia de un enlosado. La limpieza ha mostrado una acumulación compleja de elementos estructurales resultado de las diversas actuaciones en el sector. En realidad, es una obra con un paramento muy sólido y de grandes dimensiones, aunque muy rústico, que se adecuaba al terreno y que se completaba con la disposición de un revestimiento muy grueso, hecho con mortero y pequeños materiales, bien alisado y pintado de rojo. Las dimensiones y el acabado de la obra muestran que su construcción respondía a la intención de organizar el sector de forma monumental desde su fase fundacional, aprovechando al máximo y de forma inteligente las posibilidades de la topografía. Esta obra se relaciona con el área de paso formada por la escalinata y su puerta y un pasadizo delimitado por el Muro 20 y por dos habitaciones (Fig. 7).

La edificación del Criptopórtico también modificó radicalmente la organización y apariencia de este sector. Como sucedió en el lado occidental, el muro anterior fue recubierto por una nueva obra (el Muro 24). Esta obra, a diferencia de lo que se indica en las publica-



Figura 12. Puerta de acceso al edificio occidental.

ciones anteriores, no combina dos elementos distintos: un muro con doble paramento y un relleno. Por el contrario, la intervención ha permitido apreciar que se trata de una construcción maciza de encofrado de piedra y mortero que se adosa y cubre por completo dos de los lados de la estructura poligonal formada por los muros 44, 31 y 20. Como en el otro lado del Criptopórtico, esta actuación parece corresponder a la doble necesidad de reforzar las nuevas construcciones y monumentalizar su apariencia (Figs. 9 y 11).

Otro aspecto que no se señala adecuadamente en las publicaciones son las diferencias de técnica constructiva de cada fase. La más antigua se caracteriza por utilizar grandes bloques de granito, de dimensiones y forma muy irregulares, asentados con pequeñas piedras y fragmentos cerámicos y teja, además de mortero de cal (por ejemplo, en los muros 7, 31 y 43). Los excavadores habían señalado su semejanza con los paramentos del cercano poblado de Burriac, pero se trata, indiscutiblemente, de una obra romana. La obra de la fase tardía utiliza, generalmente, piedras de tamaño más reducido mezclado con material cerámico, dispuestas en hiladas más ordenadas y unidas con barro (Bonamusa 1994, 4). Algunos de las paredes tardías, como es el caso del Muro 5, se asientan sobre una cimentación sólida y bien diferenciada de la obra vista. Otra de las actuaciones realizadas en 1999 ha consistido en el seguimiento de las estructuras arquitectónicas ya localizadas para definir los posibles límites norte, este y oeste del yacimiento. Para ello se han realizado una serie de sondeos. El primero se practicó al norte de la gran torre semicircular. Sus límites estaban definidos por la zona ya excavada en el período 1974-1984 (al sur y al este), el trazado del camino de Can Segarra (al norte) y el Muro 40, que cierra todo el yacimiento

(al oeste). Con este sondeo se ha podido establecer una secuencia estructural y estratigráfica correspondiente a cuatro grandes momentos de ocupación, relacionados directamente con el edificio en el que se sitúa la torre semicircular.

Pertencen al primer momento dos paredes dispuestas perpendicularmente que separan dos habitaciones y definen, a la vez, la puerta de acceso a una de ellas (muros 36 y 37). Tanto la puerta como los muros ya se conocían con anterioridad, pero en la nueva intervención se han descubierto parcialmente para establecer su trazado y características (Fig. 12). El muro 36 prolonga la alineación del número 34 en dirección norte y presenta sus mismas características estructurales: una obra de pequeños bloques trabajados someramente y unidos con abundante mortero; en la parte inferior y en la esquina se dispusieron algunos bloques de granito de grandes dimensiones como refuerzo. El muro 37 se une con el que parece el gran muro de cierre del edificio y de todo el yacimiento (Muro 40). Su técnica es similar a la del anterior y todavía conserva restos de un estuco de buena calidad en su cara norte. Relacionado con esta fase, se dejó a la vista una pequeña parte de un pavimento de tierra compactada, de poca consistencia, que debía corresponder al nivel de circulación relacionado con la puerta. Todo el sector había sido afectado por las excavaciones anteriores y por acciones de excavadores clandestinos, de modo que era difícil precisar las relaciones entre las estructuras y los estratos. Las construcciones de este primer momento estaban cubiertas por un nivel (las U.E. 1020 y 1021) que parece corresponder a la destrucción del edificio. Este nivel incluía abundante material cerámico y fragmentos de opus *signinum* (Fig. 13). Esta última particularidad ya había sido destacada en las memorias de excavación (Bonamusa/Garí, s/f; Bonamusa/Garí/Clariana 1998, 44).

El segundo momento de ocupación se sitúa directamente sobre los niveles de destrucción del edificio original, que fueron regularizados mediante nuevas aportaciones de tierras¹⁹. Corresponden a este momento los muros 38, de obra muy regular, y 27 (denominado PE en las publicaciones anteriores y actualmente desaparecido). Seguramente, debían cerrar un espacio cuadrangular reutilizando el gran muro 40. En el interior de este espacio se construyó un horno muy modesto. La obra consistía en un pequeño muro realizado con piedras de diversos tamaños, fragmentos de cerámica y tejas, que se disponían en hiladas irregulares unidas con barro; el muro se asentaba en un recorte del nivel de destrucción de la fase anterior (Fig. 14). Delante del horno se recortó parcialmente el terreno para crear una

19.- Estas diferentes situaciones se confunden en el denominado estrato IV; sólo en el sector oriental las estratigrafías distinguen entre estratos IV y IVb.

pequeña área de servicio. Este espacio estaba cubierto por un estrato de cenizas (U.E. 1014) y un nivel de tierras que parece corresponder al abandono (el nivel de cenizas corresponde al estrato III señalado en Bonamusa/Gari/Clariana 1998, 46). Su contenido no se excavó, como tampoco el interior del horno, por lo que no se puede datar el momento de actividad preciso de la instalación. Con todo, es indudable que se incluye en la fase de ocupación de la antigüedad tardía detectada en otros puntos del yacimiento, y que se ha situado en el último cuarto del siglo V- primer cuarto del siglo VI d.C.

Las dos fases siguientes que muestra el sondeo, identificadas perfectamente gracias a la secuencia estratigráfica y a la superposición arquitectónica, se relacionan con una situación histórica y cultural totalmente nueva. Corresponde a la tercera fase un potente estrato formado por tierras y piedras, con un espesor medio de 1 m. que cubrió prácticamente todo el asentamiento tardorromano (U.E. 1022). Sobre este se construyeron dos pequeños muros compuestos por bloques de piedra de tamaño diverso dispuestos en hiladas irregulares; uno de ellos (Muro 47) se asentaba directamente sobre el estrato de aterrazamiento y se encajó entre los muros de cronología romana 40 y 38; este último hubo de ser reformado parcialmente para ser utilizado en la nueva construcción. Otro elemento (Muro 48), también apoyado en la pared número 40, se asentaba sobre una acumulación de piedras muy irregular que le servía de cimentación. Podría relacionarse con esta nueva ocupación una pequeña reparación del coronamiento del Muro 40. En este momento, por consiguiente, el gran muro romano fundacional todavía era visible casi en su totalidad. No se ha podido precisar la cronología de esta nueva ocupación. Sin embargo, parece tratarse del estrato en el que se excavaron tumbas medievales, lo que proporcionaría un *terminus ante quem* (Bonamusa/ Gari/Clariana 1998, 43).

Pertenece al último momento de ocupación un gran muro de apariencia tosca, construido con una mezcla de piedras y fragmentos de teja y ladrillos unidos con barro: Muro 51. La obra tenía una longitud de 11,60 m. y se orientaba en dirección noreste-suroeste, sin ninguna relación con las estructuras anteriores, romanas o más modernas. Esta construcción estaba cubierta por el estrato superficial. Su datación y función no se pueden precisar. Podría tratarse de una construcción, moderna o contemporánea relacionada con la actividad de la cercana masía de Can Modolell y que era todavía visible en la primera mitad del siglo XX.

El Muro 51 se asentaba sobre un pequeño estrato (U.E. 1003) y sobre otro nivel de relleno (U.E. 1006), que cubría las construcciones de la tercera fase (un posible nivel de destrucción o abandono); en el extremo sur, se disponía directamente sobre el *sauló*. En este punto también pasaba por encima de un horno excavado



Figura 13. Detalle de los niveles de destrucción del edificio del sector occidental.



Figura 14. Horno de época tardía excavado en los niveles de destrucción del edificio occidental (Fase 2).

en 1994 (Vila 1994). El nivel de relleno, que debía ocupar todo el sector occidental, tenía una potencia media de 50 cms., y estaba formado por arenas y gran cantidad de materiales constructivos que parecen proceder del desmontaje definitivo de los edificios romanos, especialmente del Muro 40. En esto momento, los materiales recuperados, básicamente constructivos, no

permiten establecer la cronología de los estratos excavados, que tanto podrían ser medievales como modernos. Los datos aportados por las excavaciones anteriores tampoco son muy claros. Uno de los enterramientos conocidos, por ejemplo, ha sido fechado en el siglo XII, pero las evidencias cerámicas son escasas (Bonamusa/Gari/Clariana 1998, 48). Por otra parte, no hay ningún dato que permita relacionar ninguna de estas construcciones con las referencias escritas sobre la capilla de Sant Joan.

El segundo sondeo de la campaña de 1999 afectó a una habitación, parcialmente delimitada en los años 1974-1984, situada al norte del complejo (indicada en el plano general como habitación septentrional; véanse figuras 15 a 17). Esta zona no se pudo excavar totalmente en su momento, pues se situaba bajo el camino de Can Segarra, y éste todavía se utilizaba para la circulación. Su estudio también se vio dificultado por el trazado de los servicios de iluminación y agua pertenecientes a las masías cercanas. Por todo ello, no se pudo establecer las dimensiones y evolución de estas construcciones. Sin embargo, este sector parece haber tenido una importancia particular, aunque no pueda precisarse su uso (residencial, representación), a juzgar por la presencia de pinturas murales en una habitación vecina, la denominada "Sala de pinturas" (vid. Martí/Juhé 1991, que proponen una datación de primera mitad del siglo II d.C. utilizando criterios estilísticos).

La campaña de 1999 ha permitido determinar la secuencia cronológica de este lugar, pero sólo se pudo documentar una pequeña parte de la estratigrafía. La habitación tenía una planta aproximadamente rectangular, con tendencia al trapecio (oscila entre los 3 y 3,25 m. de anchura por 3,40-3,60 m. de longitud), con una puerta que se abría a noreste. La secuencia estratigráfica era muy sencilla y estaba formada por dos niveles de pavimentación que corresponden a dos periodos distintos. Los pavimentos 2028 y 2027 pertenecerían

al momento de construcción y primeras reformas de la habitación, y se fechan hacia mediados del siglo I d.C. (vid. *infra* apartado 6, para el comentario sobre la cronología). En el mismo pavimento 2028, delante de la puerta, se recuperaron algunos clavos dispuestos *in situ* (Figs. 15-16). Su posición podría indicar la presencia de una pieza de madera que formaría parte de la estructura de una puerta. También apareció un gran fragmento de una placa de hierro que podría haber servido para reforzar la hoja de madera de esta misma obertura. Por encima de estos estratos se situaba un nuevo nivel de pavimentación (U.E. 2026) que se relaciona con una reforma muy posterior de la puerta. Esta reforma se data en el siglo II d.C., sin más precisiones, dada la escasez de material recuperado para su estudio. El mismo problema presentan otros dos estratos, muy mal conservados, que podrían indicar una nueva actuación en la habitación (las U.E. 2021 y 2022).

El último sondeo se realizó en el centro del antiguo camino de Can Segarra. Este sondeo es importante porque afectaba a una zona no excavada hasta el momento y en él se localizaron algunas construcciones que aportan nuevos datos sobre la organización de los espacios de Can Modolell. El elemento más significativo es un muro de unos 5 m. de longitud y 0,50 de anchura (Muro 52), con una orientación aproximada noreste-sureste, y una alineación prácticamente paralela a la de los muros 8, 9 y 16. El espacio delimitado por todas estas paredes, con una forma trapezoidal, es de unos 48 m². El trazado del Muro 52 se prolonga hasta la finca vecina (masía Modolell). La obra utiliza piedra granítica de forma y tamaño diversos, ordenada en hiladas regulares mediante la combinación con pequeñas piedras y fragmentos de *tegulae* y ladrillos. A unos 0,40 m. al oeste del muro se sitúa una estructura cuadrangular, de 0,60 m. de lado, formada por piedras y fragmentos de ladrillos (Elemento 53); esta obra sirvió posiblemente de basamento.

228

Figura 15. Habitación septentrional: pavimento del momento fundacional (Fase 1).



Figura 16. Habitación septentrional: detalle de la puerta y de sus reformas.



Al suroeste de las estructuras 52 y 53, en el centro del camino, se localizó una alineación de piedras de gran tamaño y forma irregular, dispuestas verticalmente. Sus dimensiones y posición hacen pensar en una obra de cimentación para un muro. Es posible que se trate de una construcción de cronología romana; de hecho, en la planimetría publicada se aprecia como una pared se prolonga desde el centro del yacimiento hacia el este (Fig. 4, Pared 11) y su orientación podría corresponder al cierre meridional del muro 52; pero no hay ningún dato estratigráfico para establecer sus relaciones mutuas y, por tanto, ofrecer una cronología relativa.

Corresponde a este conjunto de construcciones una secuencia estratigráfica situada bajo el camino, relativamente bien conservada y que no ha podido ser excavada. Sólo se ha identificado, bajo el nivel superficial, lo que parece un piso de tierra batida que se relacionaría con los niveles de pavimentación más modernos de la habitación septentrional (U.E. 2026 y 2027). La presencia de este pavimento y la alineación de los diversos muros sugieren la existencia de un espacio de distribución, relacionado con la habitación septentrional y con la "Sala de pinturas", que podría servir para comunicar todo el sector con otras dependencias situadas más hacia el este.

La última actuación a mencionar es la limpieza del sector occidental de la finca con el objetivo de establecer la posible existencia de construcciones al oeste de lo que parece el muro de cierre de todo el complejo (el ya mencionado muro 40). En este punto, la roca había sido recortada hasta los 4 m. de profundidad para asentar el muro 40; por encima, a occidente, el nivel del terreno corresponde a una superficie de *sauló* muy erosionada que no facilita la conservación de elementos o estructuras. También se pretendía obtener información sobre las posteriores fases de ocupación tardorromana, medieval y moderna. Una excavación realizada en 1994 permitió localizar, en este mismo lugar, un horno cuya posición y características planteaban algunos problemas de interpretación. La instalación consistía en una estructura de planta rectangular, excavada en el *sauló* y construida con ladrillos y algunas piedras revestidas con arcilla; el *praefurnium* se abría en el Muro 40 y no se diferenciaba respecto a la cámara de combustión. Sobre esta se situó posteriormente un muro de construcción muy tosca. (Vila 1994). La recuperación de un fragmento de terra sigillata africana D en el relleno del horno llevó a proponer una datación tardía (siglos IV-V d.C., sin más precisiones). Sólo el muro que se le superpone (Muro 51), considerado de época medieval, parecería aportar un *terminus ante quem*. Sin embargo, ninguno de estos datos parece determinante, ya que el material cerámico romano también es muy abundante en los estratos de cronología medieval y moderna y el muro se relaciona precisamente con niveles modernos.

En realidad, los datos estratigráficos aportados por la excavación de este sector y, en especial, la posición del

horno hacen imposible pensar en una construcción y utilización simultánea en relación a las restantes estructuras atribuidas a época tardorromana. Por el contrario, los niveles de ocupación del horno tardío situado cerca de la torre semicircular se sitúan en una cota muy inferior respecto al segundo horno, directamente sobre el nivel de destrucción del edificio altoimperial. Todas estas estructuras tardías fueron cubiertas por el potente estrato de relleno sobre el que se asientan los muros 47 y 48 y era contenido, a la vez, por el Muro 40; la superficie de circulación de este estrato corresponde exactamente a la cota del *praefurnium* del horno excavado en 1994. Seguramente, este conjunto de acciones (aterrazamiento, construcción, reutilización) responde a una actuación global relacionada con la creación de un nuevo ámbito de trabajo artesanal, en el que el horno era el elemento central. Por otra parte, el Muro 51 se asentaba simultáneamente sobre los estratos que cubrían este segundo horno y el Muro 47. Este hecho nos parece un argumento adicional para proponer una datación más moderna (hoy por hoy, imposible de precisar) y la relación de todas estas construcciones con una ocupación del lugar totalmente diferente respecto al asentamiento romano.

Finalmente, la intervención también ha aportado algunos datos sobre la construcción del muro de cierre del edificio (Muro 40). La obra, como evidencia el paramento visto, se realizó con mucho cuidado: el *sauló* se recortó hasta mucha profundidad, posiblemente aprovechando un desnivel natural, y se levantó una obra de grandes bloques irregulares unidos con mortero de cal (puede verse un detalle a la derecha de la figura 6). El coronamiento del muro es muy irregular y solo muestra un paramento bien trabajado en su cara interna. Este hecho hace pensar que el nivel actual del *sauló* ha sido rebajado con posterioridad a la ocupación romana.

LA DATACIÓN DE LA FASE FUNDACIONAL Y DE LAS REFORMAS ESTRUCTURALES: CUESTIONES EN TORNO A LA CRONOLOGÍA

Como ya se ha señalado, las publicaciones existentes ofrecen cronologías variables sobre las diversas reformas que ha sufrido la arquitectura del complejo. Además, tampoco ha sido posible documentar y datar actuaciones puntuales relacionadas con aspectos más modestos ligados a la vida cotidiana. Los niveles excavados en 1999 en la habitación septentrional han aportado datos limitados, pero que permiten precisar algunos problemas relacionados con las dataciones del momento fundacional y de algunas transformaciones posteriores. En relación con estas últimas no se puede establecer, sin embargo, si forman parte de reformas de carácter más general, que afectaron a todo el complejo, o si, por el contrario, afectan únicamente a este



Figura 17. La habitación septentrional una vez finalizada la excavación.

sector concreto. Este hecho limita el valor de los datos obtenidos para precisar las fechas ya propuestas. Los datos más interesantes proceden de las U.E. 2026, 2027 (pavimento) y 2028 (pavimento)-2029 (preparación de pavimento).

La U.E. 2028, que corresponde al pavimento más antiguo de la habitación, incluye algunos elementos residuales, como un fragmento informe de barniz negro, posiblemente una producción occidental de finales del siglo III a.C., y algunos fragmentos de cerámica ibérica. Las vajillas de mesa están representadas exclusivamente por la terra sigillata itálica, a la cual pertenecen las formas Goudineau 6, 30, 36a y 39c. La primera forma se sitúa, aproximadamente, entre los años 40/30 y 15 a.C., pero todavía se pueden encontrar en estratigrafías un poco posteriores ("frü- bis mitteleuropäisch": AA.VV. 1990, 68). La forma Goudineau 30 está próxima a la Cons. 4.5, característica de finales del principado de Augusto (aparece, entre otros lugares, en Haltern: AA.VV. 1990, 58). La cronología de la forma Goudineau 36a, que se asimila a la Cons. 18.2, muy frecuente en Haltern y que evoluciona durante el principado de Tiberio, es similar (AA.VV. 1990, 82). La última pieza, forma Goud. 39c, que se puede relacionar con la subforma Cons. 20.4, se sitúa hacia mediados del siglo I d.C. (AA.VV. 1990, 86). La datación de este fragmento llevaría a situar la formación del estrato en las décadas centrales del siglo I d.C. Es interesante señalar que los estratos 2028 y 2027 no incluyen ningún recipiente de terra sigillata gálica, producción que aparece con cierta frecuencia en los niveles arqueológicos de la ciudad de Illuro fechados en el segundo cuarto del siglo I d.C. y que también ha aparecido en las anteriores campañas de Can Modolell (Cerdà *et alii* 1997, 92, 137-139,

177-179; la terra sigillata gálica también está bien representada en las *villae* del territorio de Illuro: Prevosti 1981, 542 i 555; para otros estratos de Can Modolell: Bonamusa/Garí/Clariana 1998, 47; Bonamusa *et alii* 1998, 126)²⁰.

El resto de las producciones datables encaja en un arco cronológico amplio, que abarca la primera mitad del siglo I d.C., en especial, un fragmento de lámpara de volutas y dos fragmentos de cerámica de paredes finas, uno de los cuales podría atribuirse a la forma Mayet XXXVII, con una cronología de Tiberio/Claudio hasta los flavios (Mayet 1975, 73; López 1989, 182-183, señala una intensificación de su presencia desde la década del 40 d.C.; la otra pieza podría corresponder a la forma Mayet XXXIII, que se sitúa entre Augusto y la primera mitad del siglo I d.C., pero el fragmento es demasiado pequeño). También están presentes algunas imitaciones de vajillas itálicas, cerámicas características de finales de la República e inicios del Principado. Por su parte, el material de la U.E. 2029 es escaso y poco representativo: algunos fragmentos de cerámica ibérica, posiblemente de ánfora, uno de lámpara imposible de identificar y dos de barniz negro; así, pues, no aportan nada a la cronología de la fase.

La U.E. 2027 ha proporcionado dos fragmentos de terra sigillata itálica: uno atribuible a la forma Cons. 20.4/Goud. 39c y otro de la parte inferior de lo que parece una copa. La cronología de la primera forma ya se ha comentado al hablar del pavimento 2028. Estas vajillas están acompañadas por algunas cerámicas de barniz negro, que se pueden considerar como residuales. También aparecen fragmentos informes de cerámica ibérica, igualmente residuales, y cerámicas toscas de cocción oxidante y reducida. Hay que destacar, finalmente, la presencia de producciones de paredes finas; concretamente, un vaso atribuible con seguridad a la forma Mayet XXXVII, con superficie arenosa y fragmentos informes de la producción denominada de "cáscara de huevo". Las coincidencias en la datación de estas pocas piezas permite situar el momento de formación de este segundo pavimento, con ciertas garantías, hacia mediados del siglo I d.C.

El repertorio cerámico proporcionado por las U.E. 2027 y 2028-2029 es limitado, pero muestra grandes semejanzas con otros contextos cerámicos del territorio de Illuro datados entre el cambio de era y mediados del siglo I d.C. Los más interesantes son los niveles augusteos del *cardo maximus* de Illuro, datados a finales del siglo I a.C. (Cerdà *et alii* 1997, 7 y sigs.). A estos, pueden añadirse los materiales de mediados de siglo I d.C. relacionados con las reformas detectadas en el

20.- Bonamusa *et alii* 1998, 126. mencionan la presencia de las formas Drag. 18, 23, 24/25 y 33 en sigillata gálica, y Mayet XXXVII, XXXVI y XXXVII en paredes finas; completan el conjunto las lucernas Dr. 9, las ánforas Dr. 2-4 y monedas de Claudio.

mismo *cardo* y en las viviendas cercanas (estación arqueológica de Carrer Sant Cristòfol 12: *Cerdà et alii* 1997, 92, 137-139 y, esp., 177-179). Todos ellos se caracterizan por la gran diversidad de producciones, una situación normal que refleja las mayores posibilidades de abastecimiento de una ciudad y su inserción total en los circuitos de intercambio de la época. Contextos de *villae* del mismo territorio, como Can Blanc, en Argentona, o Torre Llauder, en Mataró, sólo por citar lugares bien estudiados, ofrecen dataciones parecidas. En el primer caso, se trata de los niveles de fundación de un conjunto de dependencias de la parte rústica; el segundo corresponde a una reforma importante que amplió el sector residencial de la *villa* augustea (en los niveles iniciales de Can Blanc la terra sigillata gálica está bien representada: Carreras/Rigo 1994, 186-187; para Torre Llauder: *Cerdà/Pérez* 1991, 140). Algunas de las formas en terra sigillata itálica recuperadas en los estratos de Can Modolell aparecen entre los materiales recuperados en uno de los accesos al foro provincial de Tarraco. En este conjunto, datado en época de Tiberio (entre 15-20 d.C.), no aparece terra sigillata gálica. Por el contrario, esta producción sí aparece en un estrato cercano que se sitúa en época flavia (Dupré/Carreté 1993, 105)²¹.

La cronología de las U.E. 2027 y 2028 muestra dos actuaciones muy próximas en el tiempo (¿como reforma de un pavimento inicial?). La datación global parece coincidir con las fechas fundacionales propuestas a partir del estudio de las estratigrafías de otros sectores del yacimiento: el principado de Claudio (Bonamusa *et alii* 1998, 126, atribuyen explícitamente esta cronología a los niveles sobre los que se asientan las primeras estructuras, con independencia del hallazgo de materiales cerámicos augustales)²². Un hecho interesante es que en la misma habitación han aparecido algunos recipientes de terra sigillata itálica muy significativos, como una pátera Ritt. 1 con el sello RASIN, que se data en 25-15 a.C. Su posición y las particularidades del hallazgo (la pieza tiene 66 cms. de diámetro y apareció junto a otros vasos dispuestos de modo ordenado) hacen pensar en un depósito intencional. Esta posibilidad plantea el problema de la diferencia de cronologías entre los recipientes (Augusto) y el probable momento funda-

cional (Claudio). Sin embargo, el carácter especial de la pieza podría explicar su conservación y un uso posterior como objeto votivo; este uso ha sido sugerido en diversas ocasiones (para la pieza: Bonamusa *et alii* 1998, 126 y fig. 8). Una particularidad del estrato 2028, ya señalada, es la ausencia de terra sigillata gálica. Este dato ha de relacionarse con la distinción cronológica que muestra la sigilata itálica del lugar entre formas claramente augustales (la mayoría) y formas posteriores (la subforma Cons. 20.4). Pero también hay que destacar la relación que parecen mantener las formas 18 y 20, tal como señalan los autores del *Conspectus*. Esta última se considera un desarrollo gradual de la primera a través de diversas variantes. El cambio más significativo se produciría hacia el 30 d.C., con la subforma 20.4, que permite la aplicación de pequeños motivos decorativos (AA.VV., 1997, 86). La pieza recuperada en la U.E. 2028 se podría situar en este momento.

Hay que insistir en que la cronología obtenida se apoya sobre una cantidad limitada de material. Además, todo el sector ha sido muy removido por las excavaciones antiguas y por la posterior actuación de excavadores furtivos, por lo que alguna pieza podría haber sido desplazada. La excavación completa del área situada al este de la habitación, bajo el antiguo camino permitiría precisar las cronologías. Otro problema importante, en este caso relacionado con el significado de la cronología, lo constituye el hecho de si las dataciones obtenidas en este lugar se pueden aplicar al resto del yacimiento e indican el momento de fundación de todo el lugar.

La secuencia estratigráfica de la habitación excavada se completa con la U.E. 2026 (quizá un pavimento) y las U.E. 2021 y 2022, que parecen corresponder a dos aportaciones de tierras que elevan el nivel de pavimentación. Estos estratos aportaron un material cerámico muy homogéneo, pero de valor cronológico limitado, puesto que estaba formado mayoritariamente por cerámicas de cocina africana: platos-tapadora Ostia 111, fig. 332 y Ostia I, fig. 261; cazuelas Lamb. 10A/Hayes 23B y Ostia 111, fig. 267. Acompañan a este conjunto un fragmento de fondo con pie anular y algunos fragmentos de pared de un recipiente cerrado, en terra sigillata africana A. La cronología se podría

21.- Las características de los repertorios analizados (limitación de las producciones presentes, escasez de importaciones, presencia de una cierta cantidad de cerámicas residuales) deben atribuirse a lo reducido de la muestra, circunstancia que también depende de la naturaleza de los estratos, y a la propia dinámica de la ocupación del territorio; hay que recordar que Can Modolell se sitúa muy cerca del poblado de Burriac y de algunos establecimientos rurales ibéricos, por lo que también podría existir una fase de ocupación anterior.

22.- Cf. Bonamusa/Garí/Clariana 1998, 47, donde se propone interpretar la actividad datada en época claudia como una reestructuración y se sitúa la fundación en época augustea; Bonamusa 1998, 66, atribuye esta misma datación augustea a un nivel situado bajo el entosado del Criptopórtico (estrato V) en el que se recuperaron campaniense A y B, cerámica gris y comunes ibéricas; pero esta evidencia es muy limitada: dejando de lado el problema de la cronología del material, tampoco se puede establecer la relación entre este estrato y las fases constructivas

CAN MODOLELL (Cabrera de Mar, El Maresme) FASE 1
Por Manuel Cubero

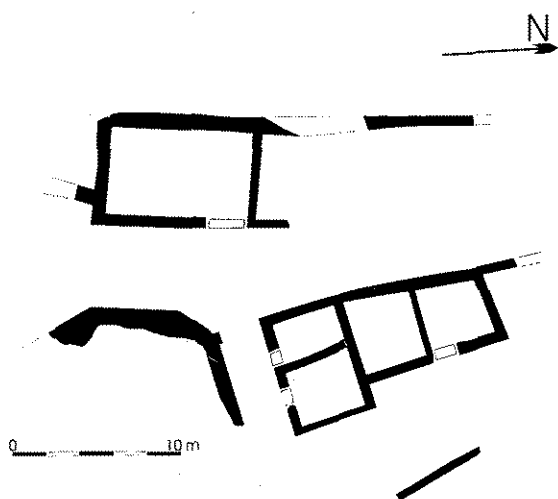


Figura 18. Planta de la fase fundacional (s. I d. C.).

situar, de una forma genérica, en la segunda mitad avanzada del siglo II d.C., aunque es bien sabido que las formas mencionadas también son características de contextos de los siglos III, IV e incluso V d.C. Valorar el significado de esta fecha es más difícil. En principio, se podría relacionar con las cronologías de siglo II propuestas para las reformas que se detectan en otros sectores, como el criptopórtico o la habitación de la torre semicircular (Bonamusa *et alii* 1998; Bonamusa/Gari/Clariana 1998, 47; Bonamusa 1998, 65-66)²³. La transformación de la habitación debería incluirse, por consiguiente, en la reforma general del complejo de Can Modolell. Con ello, esta reforma aparecería como una actuación de mayor entidad de lo intuido hasta el momento (*vid. supra*). Sin embargo, el valor de los datos obtenidos es muy limitado: las tres U.E. ya habían sido excavadas en gran parte en la década de 1980 y lo que restaba de ellas había sido afectado por el antiguo camino de Can Segarra y por el trazado de algunas canalizaciones modernas. En estas condiciones, el repertorio cerámico disponible era muy reducido y podría haber sido contaminado por intrusiones.

LA ARQUITECTURA DE CAN MODOLELL: FORMA Y FUNCIÓN

Los resultados de la intervención de 1999 confirman, a grandes rasgos, algunas de las hipótesis publicadas sobre el yacimiento: la organización general de sus dependencias, la compleja evolución estructural que sigue el lugar durante el principado, la existencia de una fase tardía y, finalmente, una perduración medieval que mantiene la función religiosa, quizá como elemento vertebrador de nuevas formas de poblamiento. El reestudio de la documentación disponible y algunas datos inéditos permiten completar las hipótesis publicadas y ofrecer una explicación global que en la que se integren las evidencias arquitectónicas y artísticas, la epigrafía y la cultura material. Con todo, siguen existiendo problemas de interpretación importantes en lo que respecta a la evolución estructural del complejo y a las relaciones de este proceso con la proyección ideológica y social del lugar sobre un territorio más o menos amplio, papel que también parece haber sufrido cambios durante la antigüedad.

En primer lugar, se ha puesto de relieve la existencia de una fase fundacional de gran entidad que sigue las normas de una planificación rigurosa (Fase I; Fig. 18). El primer establecimiento era un complejo arquitectónico integrado por edificios, áreas abiertas y una serie de itinerarios ordenados de acuerdo con una jerarquía espacial y funcional que parece muy estricta. Los componentes de este complejo se adaptaron perfectamente a la topografía del terreno (un factor que contribuyó a reforzar la jerarquía de los espacios) y se organizaron en relación a dos ejes principales: uno orientado en dirección norte-sur; el otro, aproximadamente en sentido este-oeste. Estos ejes determinaban la circulación y regulaban los accesos a los diversos sectores en que se distribuía el conjunto.

El eje más importante es el que se orientaba en dirección norte-sur, que en un momento posterior se reorganiza y refuerza con la construcción del denominado Criptopórtico. A cada lado de este eje se situaba un cuerpo edificado. A occidente, un edificio de planta rectangular, articulado internamente en una serie de habitaciones. Su construcción obligo a recortar el *sauló* casi 5 m. para encajar los muros 40, 41 y 34-36, que for-

23.- Es interesante citar las conclusiones sobre la cronología de esta subfase por las referencias a relaciones estratigráficas: "Nivell VI: aquest estrat té un gran interès per trobar-se format, en la sala de la torre semicircular, per les restes d'un paviment de calç, molt desfet, i el reomplert sobre el qual s'assentava de sorres i terres fines. Continua l'estrat a l'altra banda del mur P-17 en forma de sorres, calç i cendres. Correspon al nivell de les parets romanes existents. En la sala de la torre, un fragment d'estuc l'unia encara a la P-17. Les parets són, per tant, contemporànies o, si més no, anteriors al paviment. Aquest el podem datar, per les seves formes de sigill-lata africana A Lamb. 9 (=Hayes 27) i Lamb. 10 (=Hayes 23), cap a mitjans del segle II. El mateix nivell el tenim també detectat sota el paviment del "criptopòrtic", en una cata que es va efectuar per establir els seus orígens. Considerem, doncs, que correspon a l'època de gran remodelació de l'edifici imperial" (Bonamusa/Gari/Clariana 1998, 47); para la cronologia del criptopórtico: Bonamusa 1998, 66.

man los límites actualmente conocidos. La intervención de 1999 ha permitido comprobar que, inicialmente, el edificio se dividía, por lo menos, en dos ámbitos rectangulares separados por un muro perpendicular, el Muro 37. Estos límites definían un espacio de 36 m². Una gran puerta, ya conocida (Elemento 35), permitía el acceso directo a esta habitación; pero es posible que existiesen otras oberturas en relación con el ámbito o ámbitos situados al norte. Es muy posible que el edificio tuviese un piso superior, ya que no es lógico pensar que la estructura de madera que soportaría la cubierta se elevara directamente desde el nivel del terreno natural situado detrás del Muro 40. Esta situación sería incompatible con las exigencias de adecuación monumental y de aislamiento que son propias de la función religiosa del lugar: la techumbre apenas se elevaría a ras de suelo, lo que reduciría el impacto visual, y el conjunto hubiera sido fácilmente accesible, hecho que lo privaría de intimidad. Además, también se habría visto perjudicada la conservación de la obra arquitectónica por el contacto directo con el terreno. Finalmente, una construcción a ras de suelo habría planteado el problema de la adaptación a la pendiente, que sigue una inclinación en sentido sur-sureste bastante pronunciada. Un argumento a favor de la existencia de este piso superior, por lo menos en la fase siguiente (Fase 1 b) es la gran cantidad fragmentos de *opus signinum* de notables dimensiones recuperados en toda la zona. Algunos de ellos conservan molduras que indican su adaptación a los ángulos creados en la estructura por la torre semicircular. Este hecho sugiere que se trata de un pavimento (Fig. 13).

A oriente del eje norte-sur se sitúa un conjunto de dependencias que pertenece a otro edificio, claramente diferenciado del anterior por su arquitectura. El acceso a este edificio se realizaba únicamente a través de una gran puerta con escalinata y un pasadizo de 2'40 m. de anchura (cerrado por los muros 13, 17 y 20). La alineación de este pasadizo definía el segundo eje (este-oeste). La distribución interna del edificio parece más compleja y sus funciones más variadas que en el caso anterior. Cuenta con un mínimo de cinco habitaciones, de las cuales sólo se conocen cuatro, y parece orientarse, a la vez, según dos ejes distintos. Este factor, junto al empleo selectivo de un programa decorativo de cierta importancia, permite separar dos zonas dentro de la construcción. Dos de las habitaciones, orientadas en sentido norte-sur, las más alejadas de la gran puerta, estuvieron decoradas con pinturas: la llamada "sala de pinturas" y la habitación excavada en 1999. Las otras dos siguen el eje este-oeste y muestran características distintas respecto a las anteriores. Son ámbitos de dimensiones similares y quizá intercomunicados, abiertos directamente al pasadizo y muy próximos a la gran puerta. Esta mayor relación con el exterior se podría explicar por una función de control del acceso

al sector oriental del complejo, a modo de portería. El área situada al este, cerrada por el Muro 52, podría haber servido de espacio descubierto y distribuidor en los desplazamientos hacia las habitaciones situadas en el interior. La falta de excavación no permite, sin embargo, establecer si el Muro 52 era una obra aislada o limitaba otras habitaciones.

El espacio entre los dos edificios, con una forma irregular, estrecho y muy alargado, podría haber sido una área descubierta que orientaría y regularía la circulación a partir de la puerta exterior; dicho de otra forma, serviría de primer control y filtro para acceder al interior del complejo. Es interesante destacar que las dos grandes puertas conocidas, una en cada edificio, se disponen frontalmente, en el punto de acceso más directo desde el sur. Estas puertas podían ser controladas simultáneamente, pero a la vez eran independientes, en tanto que servían a lugares e itinerarios distintos. Los dos edificios debían servir a propósitos específicos que determinaron una disposición diferente. Aparentemente sólo existe un acceso al edificio oriental, la gran puerta con escalinata; esta es la única abertura existente en el gran Muro 43, el cual se conoce casi en su totalidad. Por el contrario, para el mínimo de dos habitaciones localizadas en el edificio occidental, separadas por el Muro 37, era necesario disponer de dos puertas (sólo se conoce una). Da la impresión que esta diferencia respondería a una mayor facilidad de acceso del edificio occidental, mejor comunicado con el exterior, pero a la vez claramente autónomo. Por su parte, el edificio oriental, serviría simultáneamente para actividades específicas y como enlace respecto a un sector más reservado. Es posible, finalmente, que el punto entre las dos puertas estuviera protegido por un pórtico para favorecer la circulación (las memorias de excavación mencionan concentraciones de tejas que no pueden provenir del derrumbe de los edificios cercanos: Clariana/Járrega 1990, 332).

Los dos edificios organizan, en resumen, el acceso general al complejo desde el sur, seguramente desde un camino que seguiría el torrente del valle de Cabrera a una cota intermedia, quizá mantenido en parte en la actual calle de Sant Joan del pueblo de Cabrera de Mar. Este acceso fue definido aun mejor con la construcción del Muro 42, que se disponía simétricamente en relación al Muro 44, y que servía también, como ya se ha señalado, de refuerzo de la habitación delimitada por los Muros 34, 37, 40 y 41. Por su parte, el eje este-oeste parece responder a la intención de controlar de modo más estricto la circulación hacia otra zona del complejo. En relación con esta disposición de los ejes y las construcciones, la zona excavada en 1974-1984 parece ser una área periférica de un complejo arquitectónico mucho mayor. A través de este sector se produciría la comunicación con el exterior (desde el sur y el nivel inferior del valle) y a partir de aquí se sitúan los espacios des-

cuertos, oberturas y pasadizos que canalizarían y filtrarían los accesos. A modo de hipótesis, se puede sugerir que las dependencias excavadas hasta el momento, más accesibles, debieron servir prioritariamente para las actividades que vinculaban el lugar con el mundo exterior, mientras que la zona principal del asentamiento se extendería hacia el este, ocupando la huerta que pertenece actualmente a la masía Modolell. En esta huerta se localizaron, en 1985, algunas estructuras arquitectónicas sólidas; concretamente, dos grandes muros dispuestos perpendicularmente que parecían delimitar un gran espacio (¿descubierto?), al tiempo que la alineación de uno de ellos (aproximadamente, este-oeste) señala un desnivel en dos terrazas todavía visible en la actualidad. En el mismo lugar se ha descubierto una canalización de desagüe que procede del norte (Burjachs, s/d). Por otro lado, esta huerta reúne unas condiciones topográficas ideales para resolver necesidades relacionadas con la arquitectura del lugar: una superficie amplia, que permitiría dar cabida a otros edificios, y un fuerte desnivel, señalado por el Torrent de Sant Feliu al sur y al este. Este límite sólo precisaba ser reforzado por algún tipo de obra (la estructura poligonal definida por los muros 20, 31 y 44) para obtener el aislamiento visual y físico, que evitara presencias o interrupciones no deseadas.

El esfuerzo constructivo y organizativo por destacar Can Modolell respecto a su entorno, aprovechando la topografía y regulando los accesos, debe entenderse en relación con lo que parece la función principal del complejo: el culto. La epigrafía muestra que Can Modolell atrajo iniciativas de entidad y consecuencias muy diver-

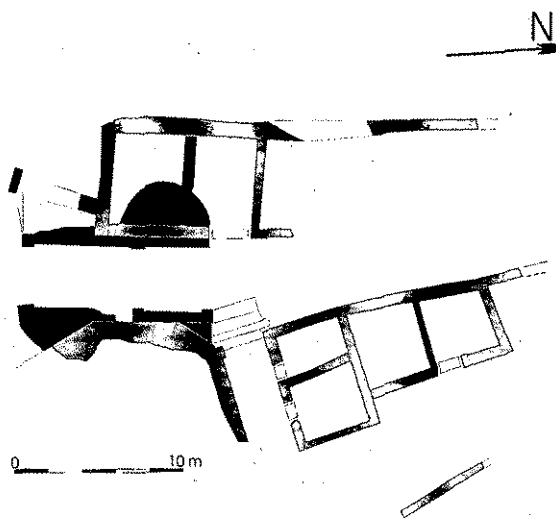
sas relacionadas con las aspiraciones religiosas de la población del territorio próximo. Su importancia se refleja simultáneamente en los formularios y los protagonistas de estas iniciativas; por ejemplo, en la fórmula *ex stipe* relacionada con unos duoviros (*IRC I*, núm. 88). La compleja articulación de los espacios internos y edificios se justificaría por la necesidad de regular estas actuaciones y un conjunto de funciones relacionadas con la vida del lugar: culto y ceremonial más o menos regulares, ritmos e intensidad de frecuentación, residencia; todo ello depende de una capacidad de atracción sobre la población cercana hoy por hoy imposible de precisar (Revilla 2002). Con esta misma necesidad se relaciona un programa ornamental muy rico formado por elementos de revestimiento y de mobiliario, parte del cual debió tener un uso litúrgico. Sin embargo, ni este programa ni la arquitectura permiten reconstruir las formas en que se organizó la práctica religiosa y como se sostuvo, los ritmos temporales que siguió y, finalmente, el estatuto que recibió el lugar. A falta de documentos más explícitos, esta evidencia muestra el interés individual y colectivo, público y privado, por enriquecer el lugar y sostener el culto, no su importancia sociológica.

La construcción de Can Modolell en la primera mitad del siglo I d.C., además, debe analizarse en un contexto social y cultural más amplio. A este momento corresponden algunas reformas urbanísticas de la ciudad de *Iluro*, que hay que entender dentro de un programa de sistematización urbanística y embellecimiento monumental importante, pero que sólo ahora comienza a conocerse en toda su extensión; así lo muestran los hallazgos epigráficos recientes: *IRC I*, núm. 214, aludiendo a un *forum* o *hypoethrum*; *IRC I*, núm. 215, que habla de un *balineum publicum*; o *IRC I*, núm. 216, con una fórmula *pro seviratu gratuito* en un texto redactado en un bloque que formaba parte de un pórtico o un templo (cf. Cerdà *et alii* 1997, vol. I, 253 y sigs.). Es también en este momento cuando se datan las fundaciones y primeras reformas de algunas de las *villae* más lujosas del territorio, como Torre Llauder. Estas actuaciones arquitectónicas, públicas y privadas, expresan y sirven a las necesidades y el poder de la élite de la ciudad y se relacionan, paralelamente, con la definición del estatuto municipal de *Iluro*; de todo ello tenemos una primera expresión precisamente en época augustea (*IRC I*, núm. 101, con bibliografía más amplia en *IRC V*, páginas 23-24; la evidencia a un cuerpo cívico se ha ampliado recientemente con la mención *iluronensium* recogida en *IRC I*, núm. 215).

En un segundo momento, durante la segunda mitad del siglo II d.C., el acceso principal a Can Modolell se reorganizó con dos intenciones: regular nuevamente la circulación y monumentalizar la apariencia exterior del conjunto (Fase 1 b, Fig. 19). Para ello se reorientó ligeramente el acceso mediante una nueva obra de cierre

234

Figura 19. Planta de la fase correspondiente al s. II d.C. (Fase 1b).



CAN MODOLELL (Cabrera de Mar, El Maresme) FASE 1bis
Por Manuel Cubero

del espacio interno y la definición de un eje longitudinal norte-sur más riguroso. A este propósito responde la construcción del criptopórtico, que hay que considerar como un pasadizo que prolonga una entrada. Esta obra se planificó y ejecutó con una clara intención monumental: unos paramentos reforzados con pilastras rematadas por capiteles, un pavimento de grandes losas y una cubierta abovedada. La construcción semicircular parece corresponder a este mismo momento. La obra se adosa al Muro 34 y se relaciona, estructuralmente, con el Muro 25, que serviría, a la vez, de revestimiento y como refuerzo de la habitación delimitada por los muros 34, 37, 40 y 41. Esta habitación también sufrió una compartimentación interna (construcción de los muros 29-30) que creó un pequeño ámbito reservado. Al sureste, el espacio triangular situado entre el Muro 24 y la alineación de la nueva fachada (Muro 45) se rellenoó con una obra de mortero y piedra. El refuerzo de los extremos meridionales del pasadizo y la torre semicircular podrían relacionarse con la construcción de una gran superestructura (¿un piso superior con alguna obra elevada o elemento decorativo visible desde la lejanía?; esta idea ya ha sido avanzada de alguna forma: Bonamusa/Garí/Clariana 1998). Con ello se constituía una nueva fachada dotada de un claro efecto monumental.

Esta propuesta deja sin resolver algunos interrogantes. Sin duda, el más importante es el que plantea la cronología precisa de cada una de las construcciones. Como ya se ha señalado, las oscilaciones en las dataciones propuestas (varias décadas) podrían indicar un conjunto de actuaciones diferentes y sucesivas, con las consecuencias que ello tiene para relacionar la dinámica de la ocupación, la función religiosa y las iniciativas de los promotores de estas obras. Las diversas posibilidades, una obra ejecutada en un sólo momento, una ejecución paulatina de un plan global o la simple incorporación de obras distintas (mejor o peor integradas en el conjunto) dependerían tanto del tamaño de la obra como de las posibilidades de participación y financiación de los protagonistas. El problema debe abordarse, sin duda, en relación al dinamismo y la evolución de la sociedad local.

La fase tardía, para la que se propone una datación de los siglos V-VI d.C., muestra algunas continuidades espaciales, pero también cambios significativos, de arquitectura y función, respecto al período anterior (Fase 2, Fig. 20). Los dos sectores siguieron, además, una evolución diferente. El edificio occidental, mejor conservado al estar encajado en el fuerte desnivel del terreno natural, fue reutilizado para sustentar nuevas construcciones; concretamente, fueron aprovechadas las obras más sólidas, como el Muro 40 y la torre semicircular. En esta área se pueden identificar, como mínimo, tres ámbitos, de los cuales uno correspondería al horno ya mencionado. Para este sector podría proponerse una acti-

CAN MODOLELL (Cabrera de Mar, El Maresme) FASE 2
Por Manuel Cubero

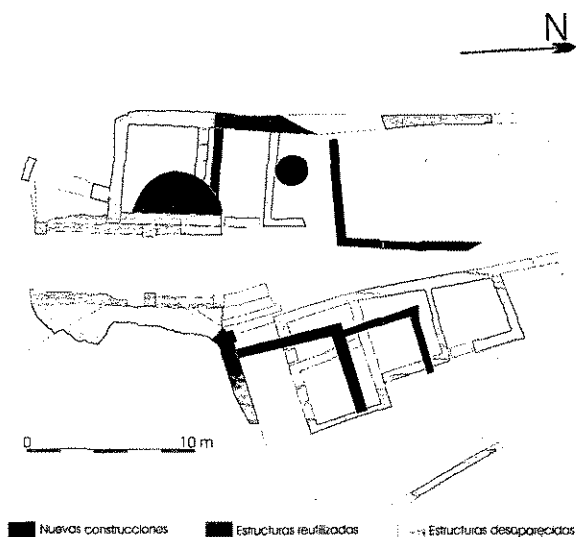


Figura 20. Planta de la fase de Época Tardía (Fase 2).

vidad artesanal y/o de recuperación de elementos constructivos relacionada con la vida cotidiana. Por el contrario, las dos o tres habitaciones que ocuparon el sector oriental se asentaban sobre un nivel que cubría las anteriores construcciones, destruidas por completo. El único elemento estructural reutilizado fue el Muro 20, y por las mismas razones que en el caso anterior: la protección asegurada por la cota del terreno. La conservación y reutilización de ciertos elementos explica que cada conjunto de construcciones reproduzca la orientación y la autonomía que habían caracterizado a los edificios de las fases 1 y 1 b. Se trata, en otras palabras, de una continuidad casual y no se puede relacionar con un programa arquitectónico o con una pretensión de obtener un nuevo resultado monumental. Esta situación se relaciona con un hecho claramente perceptible: la separación radical entre las dos fases de ocupación. Finalmente, otro aspecto a valorar, en términos culturales, es la cronología y calidad de las vajillas de mesa y recipientes anfóricos tardíos recuperados en el yacimiento: sigillata africana C tardía y D, ánforas africanas, D.-S.-P. gálicas, cerámicas orientales (Clariana/Járrega 1990; Járrega/Clariana 1996). Los repertorios cerámicos, por su origen y proporciones, corresponden a lo que aparece en los niveles contemporáneos del *cardo maximus* de la ciudad de *Iluro* y en las *villae* próximas, como Torre Llauder (Cerdà *et alii* 1997, 161 y sigs.). Este hecho muestra el mantenimiento de unos circuitos de distribución general que relacionan la ciudad y su territorio, así como la continuidad de la estructura general del poblamiento rural al norte de *Barcino*. El papel exacto de *Iluro* en estas redes y las transformaciones de su posición socioeconómico y administrativo son más difi-

ciles de determinar. Tampoco existen dudas sobre la continuidad del hábitat en Can Modolell y sobre su integración plena en los circuitos de intercambio local durante los siglos V a VI d.C. Pero también aquí se plantea un problema de significado relacionado con la naturaleza de esta nueva ocupación: ¿explotación agrícola y, en este caso, vinculada a una gran propiedad? ¿nuevo centro con proyección ideológica?

SOCIOLOGÍA DE UN CULTO: RELIGIÓN, ÉLITES Y TERRITORIO

En este momento ni la cultura material (incluyendo la epigrafía) ni la arquitectura permiten solucionar los problemas fundamentales que plantea Can Modolell: la posible continuidad, modificada, de una tradición religiosa indígena y el carácter inicial del lugar; la naturaleza precisa que adopta en el transcurso del siglo I d.C. (simple lugar sagrado o santuario reconocido y protegido por las autoridades municipales de la cercana *Iluro*), con lo que ello implicaría para la organización de un ceremonial y un calendario religioso y su impacto sobre un territorio más o menos amplio²⁴; la relación entre su organización interna y la evolución de los cultos practicados en las fases que se suceden desde el siglo I al III d.C. En relación con la presencia de Mitra durante el siglo II, el interrogante principal es si llegó a existir una comunidad claramente organizada en grados, responsable de un culto regular y quizá exclusivo, durante un periodo de tiempo determinado, y, de ser así, como afectó esta situación a divinidades anteriores y al presumible carácter abierto de un santuario (no hay que olvidar que el mitraísmo es una religión de iniciados). Pero también pudo darse una situación de alcance más modesto: un intento limitado o fallido ligado a la presencia temporal de ciertos individuos que protagonizaron la implantación de este dios. Conviene recordar, al respecto, el desconocimiento de las características de algunos de las transformaciones arquitectónicas registradas y la falta de una cronología precisa de las mismas. La única evidencia directa disponible (tres inscripciones) se limita a pequeños altares móviles y se refiere, significativamente, a uno de los acompañantes de Mitra ¿Podría verse, en ello, una *interpretatio*, realizada por la sociedad local o por ciertos individuos, de este culto tan particular?). Esta exclusividad es aun más interesante si tenemos en cuenta que la dedicatoria mitraica más próxima, la de Barcelona, también se dedicó a *Kautes* (*IRC* IV, núm. 13). La única evidencia segura es la coincidencia entre los cambios

arquitectónicos y la presencia de otra divinidad a partir de mediados del siglo II.

El resto de los datos -piezas escultóricas, mobiliario en mármol, elementos de decoración arquitectónica-, únicamente muestran la riqueza acumulada en el lugar, la gran mayoría como ofrendas. Estos objetos evidencian un esfuerzo material que recurre a un artesanado de alto nivel (Koppel/Rodà 1996). Tras este fenómeno aparecen unas creencias, un lenguaje artístico y una capacidad económica, pero, por paradójico que parezca, no se puede utilizar simplemente estos objetos para establecer la organización de la liturgia y, mucho menos, la existencia de una comunidad organizada. La falta de cronologías precisas, dentro de las amplias fases señaladas, tampoco permite conocer la duración del culto de Mitra.

La correcta comprensión de este complejo también obliga a plantear los aspectos sociológicos relacionados con el origen de los cultos practicados y los protagonistas (individuales y colectivos, actuando de forma privada o pública) de su implantación y desarrollo. Indudablemente, Can Modolell fue un centro religioso con proyección sobre un amplio territorio, incluida la ciudad de *Iluro*, durante algo más de dos siglos. En relación con varias divinidades, se detecta la presencia de individuos de estatus y, posiblemente, procedencias diversas: élites municipales, particulares, miembros de la administración. Esta heterogeneidad, con una presencia especial de individuos integrados en la jerarquía administrativa y política, encaja bien con la capacidad de atracción de un santuario y, más en particular, con lo que se conoce de uno de los cultos: el de Mitra (Gordon 1972; Beck 1984). Las intenciones y las necesidades de personas y grupos también debieron ser muy diversas.

Las élites actuarían, sin duda, inspiradas por las necesidades sociales y políticas relacionadas con las obligaciones municipales y su prestigio y lo harían, seguramente, en el ámbito de influencia de la cercana ciudad de *Iluro*; se trataría, por tanto, de un fenómeno integrado en el funcionamiento cívico normal (Revilla 2002); esto es lo que expresaría *IRC* I, núm. 88. Paralelamente, el lugar atrajo, durante unos cien años (desde época flavia hasta un momento avanzado del siglo II d.C.), las ofrendas de un cierto número de personajes de rango inferior relacionados con el aparato central del estado (un *procurator*, esclavos). Esta situación evidencia un hecho, la presencia regular de un personal administrativo, que podría explicarse a través de dos posibilidades (no excluyentes): desplazamientos y actuaciones frecuentes en la zona de *Iluro* y/o la existencia de

24.- El epígrafe *IRC* I, núm. 88 parece sugerirlo; o, como mínimo, muestra un interés de las autoridades que debía responder al de la sociedad urbana próxima.

intereses estatales más estables; bajo la forma, por ejemplo, de propiedades imperiales. El impulso de uno o más cultos locales, o la promoción de formas nuevas, por parte de personajes ajenos (por procedencia y situación sociojurídica) podría responder, así, a su interés por relacionarse y vincularse con las élites del territorio. Para ello se potenciarían mecanismos ideológicos de valor universal, como la religión, que actúan tanto en la psicología individual como en situaciones colectivas. Tampoco parece casual, en este contexto de circulación de miembros de la administración, la cantidad de inscripciones dedicadas a divinidades augustas en *lluro* que fueron encargadas por los seviros augustales entre finales del siglo I y el siglo II d.C. A la vez, en este proceso también hay cabida para las necesidades individuales: la búsqueda de elementos de referencia personal y de colaboración, que permitan destacar el *status* propio, para integrarse mejor en una sociedad local. Los intereses que inspiran las actuaciones de estas personas pueden complementar, así, la presencia de las élites de *lluro* en el santuario.

Esta es una línea de trabajo a desarrollar en el futuro, dada la falta de información. Por desgracia, los indicios aportados por el estatuto jurídico y la posición social y administrativa que indican algunos de los personajes que realizaron las ofrendas son muy escasos y se distribuyen en un periodo de tiempo demasiado amplio como para poder indicar tendencias; un buen ejemplo es el *procurator* de época de Vespasiano mencionado en *IRC I*, núm. 89 (según las diversas interpretaciones, se considera que el texto menciona dos o tres personajes y un estatuto jurídico diverso del primer personaje: H. Solin 1998; cf. el nuevo comentario en *IRC V*). Por su parte, la onomástica del santuario, como la de la ciudad y de todo el territorio del Maresme, es demasiado fragmentaria y reducida como para ofrecer elementos de comparación.

Finalmente, la localización rural del complejo y la posterior inserción de elementos mitraicos podrían plan-

tear algunos problemas de interpretación. Esta localización es algo extraña respecto a la mayoría de testimonios mitraicos de la península ibérica. Uno de los posibles ejemplos rurales lo aporta la inscripción de San Juan de la Isla, pero se ha relacionado con formas muy diversas de asentamiento: una *villa*, una factoría, un fundador, un destacamento militar. Este caso es especialmente interesante por mencionar uno de los grados de la jerarquía, *Pater Patratus* (Adán/Cid 1997 y 1998). Un dato interesante para comprender la elección de Can Modolell para un primer santuario es el posible precedente ibérico, pero no se puede establecer la naturaleza de este culto indígena y, por tanto, su influencia sobre la actuación romana: ¿fertilidad? ¿naturaleza? (Coll/Cazorla/Bayés 1994; Coll/Cazorla 1998). De cualquier forma, la situación en la finca de Can Modolell responde, en primer lugar, a las necesidades de un poblamiento, una sociedad y una ideología, plenamente implantados a finales del siglo I a.C. y que superaban el marco de las estructuras indígenas organizadas en torno al poblado de Burriac. La adopción de un nuevo lenguaje arquitectónico y el programa ornamental que lo acompaña se sitúan en este mismo contexto. En realidad, la localización rural parece menos determinante de lo que podría parecer a primera vista. El lugar fue escogido con cuidado, quizá aprovechando la tradición y el prestigio de un lugar sagrado próximo, pero esta tradición fue adaptada a una situación nueva. La evolución posterior del santuario, entre los siglos I y III d.C., es también el resultado de iniciativas muy diferentes que intentarían aprovechar la capacidad de proyección de este lugar vinculándose a él. A través de estas iniciativas se puede percibir los intereses complementarios de la sociedad local y de individuos y grupos externos que se relacionan con ella. El complejo de Can Modolell, con una proyección ideológica tan importante sobre una ciudad y su territorio, ha de interpretarse, por tanto en un contexto más amplio, sobrepasando el ámbito estricto de la ciudad de *lluro*.

BIBLIOGRAFIA

ABREVIATURAS

IRC: FABRE, G., MAYER, M., RODÀ, I. *Inscriptions romaines de Catalogne. I, Barcelone (sauf Barcino)*, Paris, 1984; *IV Barcelone*, Paris, 1997; *V, Suppléments aux volumes I-IV et instrumentum scriptum*, Paris, 2002.

REPERTORIO

AA.VV. 1990, *Conspectus Formarum Terrae Sigillatae Italico Modo Confectae*, Bonn.

ADÁN, G. E., CID, R. M^a. 1997, Nuevas aportaciones sobre el culto a Mitra en Hispania. La comunidad de San Juan de la Isla (Asturias), *Memorias de Historia Antigua XVIII*, 257-297.

ADÁN, G. E., CID, R. M^a. 1998, Testimonio de un culto oriental entre los astures transmontanos. La lápida y el santuario mitraicos de San Juan de la Isla (Asturias), *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos* 152, 125-146.

ALVAR, J. 1981, El Culto de Mitra en Hispania, *Memorias de Historia Antigua V*, 51-72.

ALVAR, J. 1993, Los cultos místicos en la Tarracense, *Religio Deorum (Actes du Colloque Culto y Sociedad en Occidente)*, Sabadell.

- ALVAR, J. 1999, Las religiones místicas en Hispania, in Blázquez, J.M., Ramos, R. *Religión y magia en la antigüedad*, Valencia, 1997, Valencia.
- ALVAREZ, A., MAYER, M., 1998, Aproximació als materials lapidis decoratius presents al jaciment de Can Modolell (Cabrera de Mar, Maresme): Estudi volumètric i comparatiu, in Mayer, M., Nolla, J.M., Pardo, J. (eds.), *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispania Citerior, Itaca. Annexos 1*, Barcelona, 43-49.
- AUDIN, P. 1984, La reutilisation des sites antiques par les églises, *Caesarodunum* 19, 63-107.
- BECK, R. 1984, Mithraism since Franz Cumont, *ANRW* II.17.4, Berlin-New York, 2002-2115.
- BENDALA, M. 1981, Las religiones místicas en la España romana, *La religión romana en Hispania (Madrid 1979)*, Madrid, 285-299.
- BENDALA, M. 1986, Die orientalischen Religionen Hispaniens in vorrömischer und römischer Zeit, *ANRW* II.18.1, Berlin-New York, 345-408.
- BONAMUSA, J. 1985, Els testimonis mitraics iluronencs dins el context de la Tarraconense, *Laietània* 2-3, 248-253.
- BONAMUSA, J. 1986-1989, Els mòduls epigrafiats en cursiva de Can Modolell (Cabrera de Mar, El Maresme), *Empúries* 48-50, vol. I, 136-141.
- BONAMUSA, J. 1994, El jaciment romano-medieval de Can Modolell, *L'arqueologia a Cabrera II-Can Modolell. El coleccionable de la Fundació Burriac* 5, Cabrera de Mar, 3-5.
- BONAMUSA, J. 1998, El criptopòrtic de Can Modolell. Cabrera de Mar, *Primeres Jornades d'Arqueologia de Cabrera de Mar i del Maresme, Cabrera de Mar 5*, Cabrera de Mar, 63-71.
- BONAMUSA, J., GARÍ, I., *Memòria. Jaciment arqueològic romano-medieval de Can Modolell (Cabrera de Mar-El Maresme). Sector criptopòrtic. Campanyes d'excavacions 1977/78 - 1981/82*, Servei d'Arqueologia de la Generalitat, Barcelona, Memòria de excavació inèdita.
- BONAMUSA, J., CERDÀ, J.A., CLARIANA, J.F., GARÍ, R.I., MARTÍ, C., PERA, J., SOLER, A. 1985, *El jaciment romano-medieval de Can Modolell. Dos mil anys d'història. Deu anys d'excavacions. Cabrera de Mar. El Maresme (1974-1984)*, Mataró.
- BONAMUSA, J., GARÍ, I., CLARIANA, J.F. 1998, Notícia sobre l'excavació del sector de la torre semi-circular de Can Modolell (Cabrera de Mar), XIV Sessió d'estudis matoronins, *Mataró*, Mataró, 33-65.
- BONAMUSA, J., CLARIANA, J.F., GARÍ, I., PERA, J., SOLER, A. 1998, El jaciment de Can Modolell (Cabrera de Mar, El Maresme) com a nucli de romanització, in Mayer, M., Nolla, J.M., Pardo, J. *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispania Citerior, Itaca. Annexos, 1*, Barcelona, 125-136.
- BURÉS, L., MARQUÈS, A. 1991, La vil·la romana de Cal Ros de les Cabres (El Masnou, El Maresme). Notícia de les darreres campanyes d'excavació, *Laietània* 6, 115-118.
- BURJACHS, F., *Informe de les prospeccions arqueològiques de l'Hort de Can Modolell (Cabrera de Mar, El Maresme)*, Servei d'Arqueologia de la Generalitat, Barcelona, Memòria de excavació inèdita.
- CARRERAS, N., RICO, A. 1994, Can Blanc (Argentona, Maresme), una vil·la romana de mitjans del segle I dC a inicis del segle III dC, *Laietània* 9, 181-213.
- CASAS, J., RUÍZ DE ARBULO, J. 1997, Ritos domésticos y cultos funerarios. Ofrendas de huevos y gallináceas en villas romanas del territorio ampuritano (s. III d.C.), *Pyrenae* 28, 211-227.
- CERDA, J.-A., PÉREZ, S. 1991, Darreres excavacions d'urgència davant del Clos arqueològic de Torre Llauder" (Mataró. El Maresme), *Laietània* 6, 127-147.
- CELA, X., GARCIA, M., JUAN, J., ORRI, E., CUMMINGS, L.S., SUBIRATS, I. 1999, Les inhumacions d'època augustea de la necròpoli rural de Can Bel (Pineda de Mar, Barcelona), *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 20, 221-245.
- CERDÀ, J. A., GARCÍA, J., MARTÍ, C., PERA, J., PUJOL, J., REVILLA, V. 1997, *El cardo maximus de la ciutat romana d'Iluro (Hispania Tarraconensis)*. *Laietània* 10, volúm monogràfic, Mataró.
- CLARIANA, J.F., JARREGA, R. 1990, Aportación al conocimiento de unas estructuras arquitectónicas tardorromanas del yacimiento arqueológico de Can Modolell (Cabrera de Mar, Barcelona), *AEArq.* 63, 330-344.
- CLARIANA, J.F., PREVOSTI, M. 1994, Un exemple de ruralització a l'Antiguitat Tardana: la vil·la de Torre Llauder, III Reunió d'arqueologia cristiana hispànica, *Maó*, 1988, Barcelona, 117-126.
- CLAUSS, M. 1992, *Cultores Mithrae. Die Anhdngerschaft des Mithras-Kultes*, Stuttgart.
- COLL, R., CAZORLA, F., BAYÉS, F. 1994, El santuari ibèric de la cova de les Encantades del Montcabrer (Cabrera de Mar, el Maresme). Estudi preliminar, *Laietània* 9, 33-86.
- COLL, R., CAZORLA, F. 1998, Una cueva santuario ibérica en el Maresme: la cova de les Encantades del Montcabrer (Cabrera de Mar, El Maresme), *Los Iberos Príncipes de Occidente. Actas del congreso internacional*, Barcelona, 275-283.
- CHAVARRÍA, A. 1996, Transformaciones arquitectónicas de los establecimientos rurales en el nordeste de la Tarraconensis durante la antigüedad tardía, *Butlletí de la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi* X, 165-202.
- DE FRANCISCO CASADO, M. A. 1989, *El culto de Mithra en Hispania*, Granada.
- DIEZ DE VELASCO, F. 1999, Religión provincial romana en la Península Ibérica: reflexiones teóricas y metodo-

- lógicas, in Blazquez, J.M., Ramos, R. (eds.), *Religión y magia en la antigüedad* (Valencia 1997), Valencia.
- DUPRÉ, X., CARRETÉ, J. M^a. 1993, *La "Antiga Audiencia". Un acceso al foro provincial de Tarraco*, Madrid.
- FABRE, G., MAYER, M., RODÀ, I. 1983, *Inscriptions romanes de Mataró i de la seva àrea* (Epigrafia romana del Maresme), Mataró.
- FÉVRIER, P.-A. 1978, Problèmes de l'habitat du midi Méditerranéen à la fin de l'antiquité et dans le Haut Moyen Age, *JRGZ* 25, 208-247.
- FIXOT, M., ZADORA-RIO, E. (eds.), 1994, *L'environnement des églises et la topographie religieuse des campagnes médiévales* (Aix-en-Provence 1989), Paris.
- GARCÍA, J. 1993, *Turó dels Dos Pins. Necrópolis ibèrica*, Sabadell.
- GARCIA, J., ZAMORA, D. 1993, La vall de Cabrera de Mar. Un model d'ocupació del territori a la Laietània Ibèrica, *Laietània* 8, 147-179.
- GARCÍA, J., MARTÍN, A., CELA, X. 2000, Nuevas aportaciones sobre la romanización en el territorio de Iluro (*Hispania Tarraconensis*), *Empúries* 52, 29-54.
- GARCIA Y BELLIDO, A. 1948, El culto a Mithras en la Península Ibérica, *BRAH* 122.
- GARCIA Y BELLIDO, A. 1967, *Les religions orientales dans l'Espagne romaine*, Leyden.
- GORDON, R. L. 1972, Mithraism and Roman society: social factors in the explanation of religious change in the Roman empire, *Religion* 2, 92-121.
- JÁRREGA, R., CLARIANA, J.F. 1994, Ceràmica xipriota i egipcia - B tardo-romana a la comarca del Maresme, III Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica (Barcelona 1994), Barcelona, 333-337.
- JARREGA, R., CLARIANA, J.F. 1996, El jaciment arqueològic de Can Modolell (Cabrera de Mar, Maresme) durant l'Antiguitat tardana. Estudi de les ceràmiques d'importació, *Cypselà* XI, 125-152.
- KOPPEL, E. M., RODÀ, I. 1996, Escultura decorativa de la zona nororiental del Conventus Tarraconensis, in Massó, J.M., Sada, P. (eds.), *Actas de la II Reunión sobre escultura romana en Hispania* (Tarragona, 1995), Tarragona, 135-181.
- LOPEZ, A. 1989, *Las cerámicas romanas de paredes finas en Cataluña*, Barcelona.
- MARINER, S. 1978, Nuevos testimonios de culto mitraico en el litoral de la Tarraconense, en II Congreso Internacional de Estudios Sobre las culturas del Mediterráneo Occidental (Barcelona 1975), Barcelona, 79-84.
- MARINER, S. 1979, Nuevos testimonios del culto mitraico en el litoral de la Tarraconense, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia del Maresme* 8-9, 274-276.
- MARTÍ, C., JUHÉ, E. 1991, Estudi i restauració d'unes pintures murals romanes del jaciment de Can Modolell (Cabrera de Mar, El Maresme), *Laietània* 6, 119-126.
- MAYER, M. 1986-1989, Sobre tres inscriptions de l'àrea d'Iluro (Mataró), *Empúries* 48-50, vol. II, 118-120.
- MAYET, F. 1975, *Les ceramiques à parois fines dans la Péninsule Iberique*, París.
- NORTH, J. 1995, Religion and Rusticity, in Cornell, T.J.; Lomas, K. (eds.), *Urban Society in Roman Italy*, Londres, 135-150.
- OLESTI, O. 2000, Integració i transformació de les comunitats ibèriques del Maresme durant el s. II-I a C: un model de romanització per a la Catalunya litoral i pre-litoral, *Empúries* 52, 55-86.
- PASCUAL, R. 1994, La religió de Mitra. Els elements mitraics de Can Modolell, *L'arqueologia a Cabrera II-Can Modolell. El coleccionable de la Fundació Burriac* 5, Cabrera de Mar, 6-12.
- PREVOSTI, M. 1981, *Cronologia i poblament a l'àrea rural d'Iluro*, Mataró.
- PREVOSTI, M., CLARIANA, J.F. 1993, *Torre Llauder, Mataró. Villa romana*, Barcelona.
- PUJOL, J., GARCIA, J. 1994, El poblament dispers al Maresme Central: l'exemple de Can Bada (Mataró) i el procés de romanització des de l'inici de la colonització agrícola fins al naixement d'Iluro, *Laietània* 9, 87-129.
- REVILLA, V. 1995, *Producción cerámica, viticultura y propiedad rural en hispania Tarraconensis (siglos I a.C. - III d.C.)*, Barcelona.
- REVILLA, V. 2002, Santuarios, élites y comunidades cívicas: consideraciones sobre la religión rural en el conventus Tarraconensis, in Marco Simón, F., Pina Polo, F., Remesal Rodríguez, J. (eds.), *Religión y propaganda política en el mundo romano*, Barcelona, 189-226.
- RIBAS, M. 1952, *El poblament d'Iluro*, Barcelona.
- RIBAS, M. 1964, *Els orígens de Mataró*, Mataró (2 ed., 1988).
- RIBAS, M. 1966, *La villa romana de la Torre Llauder de Mataró*, Madrid.
- RIBAS, M. 1972, La villa romana de la Torre Llauder de Mataró, *NAH. Arqueologia I*, 115-180.
- RODRÍGUEZ ALMEIDA, E. 1979, Noticia sobre un grupo de ladrillos grafitos del Museo de Mataró, procedentes de Can Modolell-Cabrera de Mar, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia del Maresme* 7, 194-198.
- S.A.M.M. (SECCIÓ ARQUEOLÒGICA DEL MUSEU DE MATARÓ) 1977, Cabrera de Mar i la seva albada històrica a la llum de les troballes arqueològiques de Can Modolell, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia del Maresme* 3, 55-56.
- S.A.M.M. 1978, El jaciment arqueològic de Can Modolell de Cabrera de Mar, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia del Maresme*, 4, 93-98.
- SOLIN, H. 1998, *Analecta Epigraphica*, LXXXV Verkannte oder falsche Namen, *Arctos* 17, 1983, 107-108 (= *Analecta Epigraphica 1970-1997*, Roma, 192-193).
- VILA G. 1994, Un forn d'època romana a Can Modolell. Intervenció d'urgència-maig 1994, *L'arqueologia a Cabrera H—Can Modolell. El coleccionable de la Fundació Burriac* 5, Cabrera de Mar, 13-14.